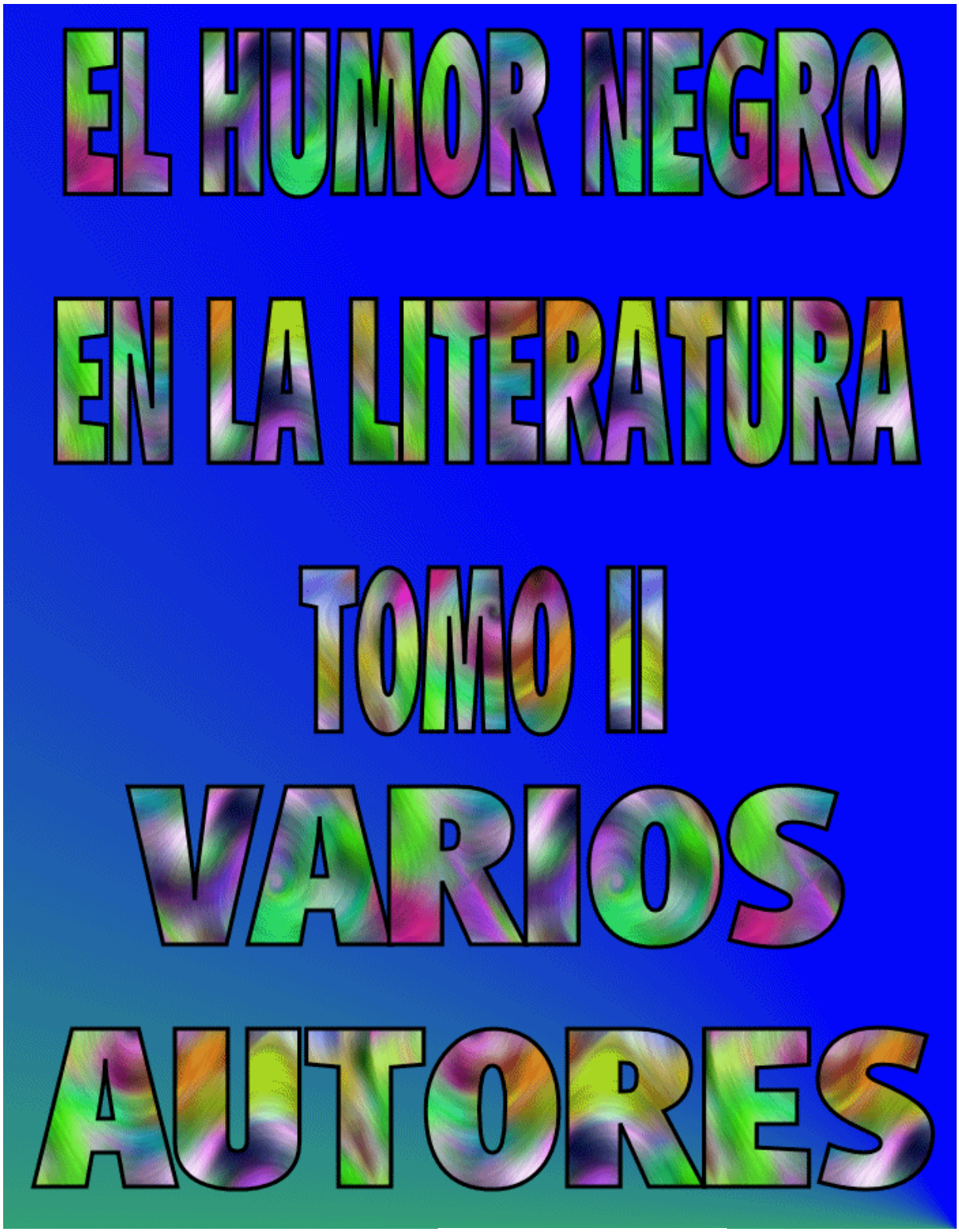
LIBROdot.com



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL PRINCIPE
NICCOLO MACCHIAVELLI

Como Sade, el florentino NICCOLO MACCIHAVELLI (14691527) se entretuvo en loar ciertas virtudes de la maldad, en señalarla como instrumento necesario. Las coincidencias terminan aquí: mucho más ambiciosas, las proposiciones de Sade abarcan el universo; las de Macchiavelli, minúsculas, apenas se refieren a la maldad de los buenos gobernantes y son, más que una invención, una crónica.

Desde luego, los escritos de Sade no se eligieron como textos universitarios y los del italiano sí, lo que les da la razón a los dos.

Para seguir el examen de las condiciones antes mencionadas, sostengo que todos los príncipes deben buscar reputación de clementes y no de crueles, pero sin abusar de la clemencia.

El príncipe no debe cuidarse demasiado de la reputación de crueldad cuando necesite imponer obediencia y fidelidad a sus súbditos. Resultará más humano ordenando algunos poquísimos castigos ejemplares que aquellos que, por exceso de clemencia, permiten la propagación del desorden, origen de muchas muertes y robos. Estos desmanes dañan a todos los ciudadanos, en tanto que los castigos ordenados por el príncipe apenas perjudican a algunos súbditos.

Por estos motivos suele preguntarse si conviene más ser amado que temido o temido que amado. Se responde que convendría tener ambas cosas a la vez; pero como es difícil que vengan juntas, es mucho más seguro ser temido que amado, en el caso de que uno de los dos afectos falte.

Pero el príncipe debe hacerse temer de manera que el miedo no excluya el cariño, engendrando el odio, porque es perfectamente posible ser temido sin ser odiado. Esto se logrará respetando las propiedades y la honra de las mujeres de sus súbditos. Si debiera derramar la sangre de alguno, que lo haga contando con la justificación conveniente y por causa manifiesta. Debe abstenerse, sobre todo, de apropiarse de sus bienes, porque los hombres olvidan antes la muerte de un padre que la pérdida de un patrimonio.

El mundo entero sabe cuán meritorio es que el príncipe prefiera siempre la lealtad a la falsía. Sin embargo, la experiencia demuestra que príncipes que realizaron hechos memorables no necesitaron tener mucho en cuenta la fe jurada, y procuraron tenazmente engañar a los hombres, consiguiendo, al final, sojuzgar a los que confiaron en su lealtad.

Hay que saber que existen dos maneras de combatir: una mediante las leyes y otra mediante la fuerza; la primera es propia de los hombres, y la segunda de los animales. Sin embargo, como muchas veces no basta la primera, se hace necesario acudir a la segunda.

Un príncipe no debe, por lo tanto, ser fiel a sus promesas si esa fidelidad puede perjudicarlo y han desaparecido las causas que lo obligaron a prometer. Si todos los hombres fueran buenos, este consejo no lo sería; pero como son malos, y no serán

Mi sensibilidad, querido Comte, no me permite asistir a la disección del cuerpo de un amigo. Seré representado mañana por M. Boyer, maestro cirujano, quien realizará la apertura del cadáver. Es un práctico muy experimentado.

MARAT

leales al príncipe, éste no tiene por qué ser leal con ellos. A un príncipe nunca le van a faltar argumentos para explicar el incumplimiento de sus promesas. De esto podría ofrecer innumerables ejemplos modernos, demostrando cuántos compromisos y tratados de paz no se cumplieron por deslealtad de los príncipes, saliendo siempre con ganancia quien mejor imitó al zorro.

Pero es necesario saber disfrazar bien las cosas y ser maestro en fingimiento, a pesar de que los hombres son tan ingenuos y sometidos a las urgencias del momento que, quien se dedique al engaño, siempre encontrará alguien que se deje engañar.

Un príncipe no necesita tener todas las buenas cualidades referidas, pero conviene que parezca tenerlas. Aun me atrevería a afirmar que, poseyéndolas y practicándolas asiduamente, pueden resultar perniciosas. En cambio, si sólo se simula tenerlas resultan útiles. Será útil, sin duda, parecer caritativo, fiel, humano, religioso, íntegro, y hasta es posible que resulte útil serlo en realidad; pero siempre con el ánimo dispuesto a dejar de serlo en caso de necesidad.

Es que ningún príncipe, y aun menos un príncipe nuevo puede ejercitar todas las virtudes que dan imagen de buenos a los hombres; para conservar el poder hace falta frecuentemente contrariar a la lealtad, la clemencia, la bondad o el credo.

El carácter de un príncipe debe ser lo bastante dúctil como para someterse a las condiciones que los cambios de suerte le impongan; como ya dije, mientras pueda ser bueno, no debe dejar de serlo; pero en caso de imperiosa necesidad no dejará de ser malo.

Pero el príncipe no debe permitir que de sus labios salgan frases que no estén impregnadas de las mencionadas cinco cualidades. A quienes lo vean y lo escuchen debe parecerles piadoso, leal, íntegro, compasivo y religioso. Esta última cualidad es la que más conviene aparentar, porque casi siempre los hombres juzgan más por los ojos que por los demás sentidos, y mientras puedan ver, raramente se detienen a contemplar lo que ven. Todo el mundo verá la apariencia y muy pocos la realidad. Y estos pocos no se atreverán a contrariar a la inmensa mayoría, que tendrá de su parte la fuerza oficial del Estado.

EL GUSTO DE LOS NIÑOS POR LA SUCIEDAD CHARLES FOURIER

El rescate de los escritos de CITARLES FOURIER (17721837) no es una empresa descabellada, como lo demostró Breton. Víctor Hugo, por su parte, la había profetizado. "En el año 1817 -dilo- había en la Academia de Ciencias un cierto Fourier célebre, que la posteridad ha olvidado, y en no sé qué granero un Fourier oscuro, que el futuro recordará."

La tendencia de los niños al desaseo es inocente y sin pretensión entre los pequeñitos: toma un curso más elevado entre los de nueve a doce años, verdaderos maniáticos de la suciedad; éstos la llevan de la simple a la compuesta y conciben vastos planes de porquerías. Por ejemplo, van en las noches a embarrar con suciedad las aldabas de las puertas y los cordones de los timbres, untándolos con su artículo favorito; no sueñan más que en los medios de ensuciar con este artículo a todo el género humano...

¿De dónde viene este frenesí escatológico entre los escolares de diez a doce años? ¿Es un vicio de la educación o proviene de la falta de preceptos? No, porque cuanto más se les predica contra la suciedad, más tercos se muestran en ella. ¿Es depravación? ¡Entonces la naturaleza sería depravada!

No podríamos desembrollar este enigma en la civilización; he aquí la explicación: la manía de la suciedad es un impulso necesario para dar de alta a los niños en las Pequeñas Hordas, para ayudarlos a soportar alegremente el disgusto consecuente de los trabajos inmundos, y a abrirse, en la carrera de la porquería, un vasto campo de gloria industrial y de filantropía.

EPITAFIO
THOMAS CARLYLE

Una consideración superficial podría hacer pensar que el escocés THOMAS CARLYLE (1795-1881) era una persona solemne. Admirador de Schiller, de los filósofos alemanes, de Cromwell y autor de una Historia de la Revolución Francesa, Carlyle simula por momentos ser un adorador de héroes al estilo de Nietzsche. Sin embargo su obra maestra es el Sartor Resartus, de la que se extrajo el siguiente epitafio, de fácil aplicación. El Sartor Resartus sirve para salvar a los lectores de Carlyle del aburrimiento y al mismo Carlyle de sus Obras Restantes.

Aquí yace
Felipe Zaehdarn, por sobrenombre El Grande, Conde de Zaehdarn,
Consejero Imperial
Caballero del Toison de Oro, de la Orden de la Jarretera y del Buitre Negro.
Que a la luz de la luna mató cinco mil perdices
con bala;
y por sí y por sus servidores, bípedos y cuadrúpedos, convirtió públicamente
en estiércol, no sin gran estrépito,
cien millones de quintales de variados manjares. Ahora, descansando de ese trabajo, lo acompañan sus obras.
Defecó por primera vez en el mundo (sigue fecha) Por última (sigue fecha)
Si buscas su mausoleo, contempla este estercolero.

CINCO NUEVAS ADICIONES AL CODIGO CRIMINAL
CHARLES DICKENS

El padre del novelista CHARLES DICKENS (1812-1870) conoció la prisión por deudas. Nacido en Inglaterra, como la sociedad industrial, Dickens reflejó con verosimilitud en sus novelas ciertas anécdotas que acompañaron la transformación de la prisión por deudas en prisión en deudas, único progreso conocido hasta ahora en la materia. Este obligatorio espectáculo tuvo mucho que ver, sin duda, con la tendencia de Dickens a detenerse en ciertos aspectos particularmente macabros de aquella realidad, como las ejecuciones públicas o -en este caso- el Código Criminal.

Tenemos entendido que el Gobierno abriga el propósito de presentar un proyecto de ley con objeto de enmendar el Código Criminal en vigor, en vista de que la experiencia ha demostrado que en los casos de asesinato resulta demasiado rápido, injusto y riguroso; en una palabra, muy inconveniente para las simpáticas personas acusadas de ese hecho reflexivo. Hemos sido favorecidos con un bosquejo de las principales estipulaciones que es probable que contenga el proyecto.

Este se basará en el profundo principio de que el verdadero delincuente es el asesinado, porque, sin su obstinado empeño en que lo asesinasen, el apreciable semejante que ha de comparecer en juicio no se habría visto metido en estas molestias.

Se calcula que sus principales disposiciones se concretarán en los siguientes artículos:

1° Queda suprimido el juez. Algunos de los acusados que gozan de la mayor popularidad han hecho fuertes objeciones a la presencia de este inoportuno personaje, que resulta perjudicial para sus altos intereses. El Tribunal se compondrá de uno de

tantos caballeros dedicados a la política, que viven retirados en una habitación desde la que se domina St. James Park, y que tiene ya más ocupaciones de las que, por un esfuerzo de la imaginación humana, se supone que podría tener.

2° El jurado se compondrá de cinco mil quinientos cincuenta y cinco voluntarios.

3° Quedará estrictamente prohibido a los Miembros del jurado el comunicarse ni con el acusado ni con los testigos. No se tomará juramento a los Miembros del jurado. No se enterarán bajo ningún concepto de las pruebas que resulten de lo actua(lo; tendrán que averiguarlas o figurárselas como buenamente puedan, y se pasarán el tiempo dirigiendo cartas sobre las mismas a los periódicos.

4° En el caso de que se trate de un proceso por asesinato con veneno y suponiendo que la acusación presente un caso hipotético o unas pruebas hipotéticas de envenenamiento con dos venenos distintos, pongamos el arsénico y el antimonio, y admitiendo que la presencia del arsénico en el cuerpo sea posible, pero no esté demostrada, mientras que la presencia del antimonio constituya una certeza absoluta, en ese caso será obligación del Jurado limitarse a considerar si ha habido envenenamiento con arsénico, prescindiendo por completo del antimonio; y 5°

Después que los médicos que presenciaron la muerte del verdadero culpable, es decir, del asesinado, hayan descrito en la prueba los síntomas que precedieron a ella, se llamará a otros médicos que nunca conocieron y que tendrán que testificar si corresponden también o no a ciertas enfermedades conocidas... pero jamás se les preguntará si concuerdan exactamente con los síntomas de envenenamiento. Ilustremos prácticamente esta disposición de la Ley que se prepara. Se ha visto entrar en la casa en que vive solo el señor Z ... a un perro rabioso que venía echando baba por la boca. Demuéstrase de un modo irrebatible que Z... y el perro rabioso han permanecido algún tiempo en la casa juntos, lo que lleva irresistiblemente a la conclusión de que Z... ha sido mordido por el perro. Más adelante se descubre a Z... acostado en su cama, con síntomas de hidrofobia, y en su cuerpo las señales de los clientes del perro. Ahora bien: como los síntomas de la rabia coinciden con los del tétanos, que Z... pudo contraer con que sólo se hubiese clavado un clavo roñoso en cualquier parte del pie, se hará que algún médico legal, que no haya visto a Z. . . jamás, certifique este hecho abstracto, y en el Registro Civil se extenderá un certificado obligatorio de que Z... falleció a consecuencia de la herida que le produjo un clavo roñoso.

Se abriga la fundada esperanza de que estas innovaciones que se introducirán en el actual procedimiento criminal no solamente han de resultar satisfactorias para el acusado (cuyas conveniencias están por encima de todo), sino que contribuirán también, dentro de lo tolerable, al bienestar y defensa de la sociedad. Porque con estas disposiciones razonables y prudentes no se rechaza por completo la idea de que pueda resultar molesta para la sociedad la práctica excesiva del envenenamiento.

Librodot

EL GUILLOTINADO POR PERSUASION
EUGENE CHAVETTE

EUGENE CHAVETTE se llamó en realidad Vachette y escribió, hacia fines del siglo pasado, algunas historias que gozaron de efímera popularidad. Es más, sin embargo, la que merece su Guillotinado por persuasión, incluido en Petites Comedies du Vice.

La escena ocurre en provincias, en una pequeña ciudad del Mediodía..

Designaron a un empleado de la prefectura miembro del jurado. En el proceso, se juzga a un hombre acusado de diecisiete muertes, descontando las pequeñeces de infracciones y robos.

Es condenado a muerte.

Al volver a su casa el empleado del jurado se dice:

"Esta es una excelente ocasión para devolver todas las atenciones que he recibido".

Cuando llega el momento, escribe a sus amigos: "Guillotinamos a Saint Phar el jueves: venid entonces a almorzar, tengo tres ventanas sobre la plaza y un buen cocinero. Vamos a reírnos un poco". El día señalado, todos los amigos acuden a la cita del empleado, que también invitó a su jefe, hombre influyente que lo protege.

Como ninguna ejecución pública tuvo lugar desde hace cincuenta años en la ciudad, se ha descuidado al personal encargado de la ejecución.

El verdugo es un viejo débil.

Su primer oficial ha dejado ya esta Tierra.

El segundo ayudante se está recuperando de una larga enfermedad que lo dejó sin fuerzas.

Si el condenado, que es un Hércules, no pone un poco de buena voluntad, la justicia de los hombres difícilmente será satisfecha.

En el momento de los postres llega de la prisión la aterradora noticia.

"Saint Phar no desea que lo molesten". Desesperados, los invitados exclaman a coro: -Nuestra fiesta está echada a perder... ¡No se puede contar con nada!

El jefe frunce las cejas.

Su subordinado, que ve comprometido su ascenso, se esfuerza vanamente para calmar el descontento de este influyente personaje.

Al fin toma una gran resolución:

-Conozco un poco a Saint Phar -dice-; voy a hacerle entrar en razón.

Va a la prisión y entra en la celda del condenado. Se establece este diálogo:

EL PERSUASOR ¡Y bien! ¿Qué es lo que dicen estos mentirosos? (Le palmea las mejillas.) ¿Que no quieres dejarte gui-llo-ti-nar?

SAINT PHAR (secamente) : No.

EL PERSUASOR: La razón, por favor.

SAINT PHAR: Se me avisó a último momento. EL PERSUASOR: ¿Qué? ¿A último momento? Toda la noche has oído los golpes de martillo, que te impedían dormir. ¿No te han intrigado? ¿No tuviste la curiosidad de decirte "¿Qué es eso?"? Y bien, era la pequeña máquina que se levantaba sobre la plaza Bourdaillard, cuya feria está retrasada por tu culpa. (Con tono de reproche.) ¡Y tú esperando a última hora para hacerte el caprichoso! ¡Vamos! ¡Grandote!

SAINT PILAR (inconmovible) : No.

EL PERSUASOR (sorprendido): ¡Pero, desgraciado! ¡Todo el mundo ha llegado! ¡La magistratura,

el clero, el pueblo, los soldados que vienen a hacerte fila como para el emperador! Cada uno está en su puesto... a nadie se espera sino a ti... (Insistente.) Te esperan ú-ni-ca-men-te a ti.

SAINT PHAR: Tengo desconfianza.

EL PERSUASOR (vivamente): ¡Vaya! ¿No conoces al buen señor de Puisec, ese vicio noble que no ha salido de su casa desde la caída de los Borbones, y que había jurado no dejar jamás la alcoba? (Con acento de triunfo.) ¡Pues bien! Ha venido, está allá... ¿Por quién? Te lo pregunto, gran sinvergüenza. (Sonriendo.) Por ti, por su pequeño Saint Phar... Vamos, ven, por cortesía hacia el señor de Puisec.

SAINT PHAR (brutalmente) : No me fue presentado... No.

EL PERSUASOR (con tono desdeñoso) : ¡Ah! ¡Ya sé! (Lo llama aparte.) No temas confiarte a un amigo. Es el dinero lo que te detiene, ¿eh? (Le habla al oído.) Todos los gastos están pagos. El Estado te lo regala.

SAINT PHAR (orgulloso) : No pido limosnas.

EL PERSUASOR: ¡Oh! ¡Con susceptibilidad ahora! Si todos los funcionarios fueran susceptibles como tú para los sueldos, ¿dónde irían a parar los gobiernos, eh? Contesta, te lo ruego... vamos, ven rápido, temo que noten tu ausencia.

SAINT PHAR: No, ya tengo desconfianza.

EL PERSUASOR (severamente) : No eres sino un ingrato con el cielo. (Se enoja.) ¡Qué! Todos los días en el fondo de California, de Java y Brasil, hay pobres diablos que están enfermos, impotentes, que ni siquiera pueden arrastrarse, y no abrigan sino un solo deseo, no formulan sino un voto: "¡Ah, quisiera morir en mi bella y dulce patria!" (Enojado.) ¡Estás aquí, en tu villa natal, rodeado

de todos tus compatriotas! Pero dime un poco, entonces, ¿qué más te hace falta? ¡Coloso!

SAINT PHAR: Es posible... pero tengo desconfianza.

EL PERSUASOR: Vamos, no te hagas el loco, pensemos un poco... Sé franco: antes de estar preso, no vivías tranquilo ... tenías remordimientos ... te decías: "Si me detienen, se me meterá en la prisión. Iré al tribunal, donde los jueces me dirán mil cosas desagradables". Bien, muy bien, razonabas bien. Pero hoy todo ha pasado, lo más difícil está hecho... no te quedan más que cinco minutos... ¿y dudas? No te comprendo. ¿Cómo puede ser divertida la prisión?... y sobre todo para la salud; ¡estás pálido como un membrillo! (Interesado.) Vamos... al menos tomarás aire, te hará pasar el momento.

SAINT PITAR: No, soy hombre casero.

EL PERSUASOR: Sin hablar del señor verdugo, que desde esta mañana está aceitando su "mueblecito"... ¡como para un hijo, querido! Son las primeras relaciones entre ustedes, ¿y tú lo desprecias? (Serio.) ¡Un enemigo que te haces! ¡Cuídate!

SAINT PHAR: No me gustan las caras nuevas; la suya es triste.

EL PERSUASOR: ¿Entonces crees que debe estar alegre para el Estado? ¡Antes al menos tenía la rueda para divertirse y se la han quitado! Si se le diera a elegir preferiría un viaje a Suiza, puedes estar seguro... vamos, ¿te decides?

SAINT PHAR: No, yo tengo desconfianza.

EL PERSUASOR: Sin hablarte de mí mismo, que he respondido por ti a doce amigos que han venido expresamente del campo. ¿Crees que si yo mintiera los mandaba llamar? Sus coches están ahora en mi patio.

SAINT PHAR: Tengo desconfianza, no.

EL PERSUASOR (piadoso) : Sé gentil conmigo, un viejo camarada de pensión. No hemos seguido la misma carrera... ¡Tú has llegado! No te hagas el advenedizo conmigo... yo soy un pobre funcionario con mujer e hijos. El jefe de mi división está esperando en mi casa; yo deseo el ascenso; haz esto por mí, te lo ruego, mi pequeño Saint Phar. (Con tono de reproche.) Yo soy tu jurado, eres mi primer guillotinado, estréname de buena gana, ¡qué diablos! (Con convicción.) Como jurado te he condenado a muerte. He cumplido con mi deber. Por lo tanto tú cumple con el tuyo. . . cada uno tiene su misión dentro de la sociedad.

SAINT PHAR: No, tengo desconfianza.

EL PERSUASOR: Un buen consejo, de paso. Si no quieres hoy... está bien... pero haremos venir al verdugo de al lado y será mañana... Contesta, ¿se acostumbra guillotinar al día siguiente de la ejecución? No, es un orden, un orden establecido... entonces alteras el orden, te levantas contra el orden establecido... vamos, ¿sabes qué se pensará de ti? Se dirá: "¡Qué bien, ahora es un promotor de líos!" Ya ves que te comprometes de puro gusto.

SAINT PHAR: Me río del "qué dirán".

EL PERSUASOR (después de reflexionar): Vamos, Saint Phar, soy muy observador... ¿quieres que te lo diga?... No lo confesarás, pero esta resistencia no viene de ti, se te ha subido a la cabeza... haces un monstruo de este asunto. En el fondo, ¿qué es? Una nada, una simple formalidad... Examinémoslo juntos un poco: para empezar, tomas un hermoso desayuno (Sonriente.) ¿Muy difícil, eh?... Después te refrescas rápidamente la cabeza, es higiénico y te rejuvenece... En seguida vas tranquilamente en coche. (Insistente.) En coche, mi viejo, ¡en co-chel Durante el trayecto, hablas de cualquier cosa, de los demás con el sacerdote, y el tiempo pasa en un abrir y cerrar de ojos... Al llegar, vienen a tu encuentro, se abre la puerta, se te tienden los brazos; ¡todo el mundo está a tu disposición! Subes a la escalera suave-mente, ¡un escalón, un solo escalón! Además, un pequeño entrepiso... saludas y... al instante de doblar la cabeza... ¡prrrru! ¡HA terminado! (Sonriente.) Y todo el mundo se va contento.

SAINT PHAR: ¡Todo el mundo, todo el mundo! ¡Eso le gusta decir! Yo. ..

EL PERSUASOR (lo interrumpe) : ¡No hablemos los dos a la vez, por favor! Soy hombre serio. Entonces, si no quieres hoy, será mañana. ¡En principio, mañana es viernes, un feo día que te traerá desgracia! Mañana mis hijos habrán vuelto del colegio; mañana se estará mal dispuesto contra ti, no dejarán sus asuntos y no tendrás un gato en tu ejecución. ¿Te parece halagador esto?

SAINT PHAR: No busco la popularidad.

EL PERSUASOR: ¿Y mis doce amigos que han venido del campo? ¡Me los vas a dejar encima hasta mañana? ¿O quieres que los aloje? Ponte un poco en mi lugar.

SAINT PHAR (vivazmente) : Con mucho gusto. Tome el mío.

EL PERSUASOR (dichoso) : ¡Ah, farsante! ¡Te haces el gracioso! ¡Sabía bien que solamente querías darme qué hacer! (Con tono confidencial). Entre nosotros, sabes tan bien como yo a quién 1e gustará tu obediencia. El emperador lo manda.

SAINT PHAR (con vivo tono de reproche) : No es con ese fin que he votado por él.

EL PERSUASOR (vivazmente) : ¡Ah! ¡Ahora lo comprendo! Sabía bien que no eras lógico. ¿Quién te pidió que votes al emperador? Nadie. Las elecciones eran libres; no te han influenciado. Dijiste:

"Sí, lo quiero, dénmelo". Te has conformado con los textos sagrados que dicen: Elegite ex vobis meliorem, quem vobis placuerít, et ponite eum super solium... Es el soberano de tu corazón, el emperador de tu gusto; él lo sabe... y... ¡crac!... ¡a la primera cosa que te pide, te niegas! ¿Sabes qué dirá, muy sorprendido, a la noche, conversando en voz baja con su dama? Dirá: "¡Cómo, creía que Saint Phar estaba de mi lado!"

Ante esta perspectiva el condenado se levanta de un salto; una violenta emoción le corta la palabra; por sus gestos se comprende que está resignado a todo.

EL PERSUASOR (con modesta satisfacción): ¡Ah, al fin entras en razón, grandote! Vamos, voy a decirle al verdugo que te reciba; haré esperar a las damas. (Lo abraza y sale.)

Diez minutos después, el jefe, satisfecho, dice a su huésped y empleado, radiante:

-En realidad, querido, vuestra pequeña fiesta fue deliciosa y completa.

LA HISTORIA DEL INVALIDO
MARK TWAIN

Samuel Langhorne Clemens, alias MARK TWAIN (18351910) es uno de los mayores escritores estadounidenses y dueño, por lo menos, de dos obras maestras: las Aventuras de Tom Sawyer y las de Huekleberry Finn. Como humorista, Mark Twain padece el defecto ocasional de extraerle al lector alguna carcajada, de transformarse en un cómico. Aunque el humor negro no se permite otra explosión que la sonrisa, la historia del Inválido puede ser considerada una cumbre del género.

Parezco de sesenta y casado, pero este aspecto se debe a mi estado y padecimientos, porque soy soltero y sólo de cuarenta y uno. A ustedes les resultará difícil creer que yo, que ahora no soy más que una sombra, fui un hombre vigoroso, robusto, apenas dos años atrás. ¡Un hombre de hierro, uri verdadero atleta! Con todo, ésa es la simple verdad. Pero aún más extraño es el modo en que perdí mi salud. La perdí ayudando a cuidar una caja de rifles durante un viaje por ferrocarril de doscientas millas en una noche de invierno. Esta es la rigurosa verdad y les contaré cómo sucedió.

Soy de Cleveland, Ohio. Una noche de invierno, hace dos años, llegué, a casa justo al oscurecer, en medio de una violenta tormenta de nieve, y lo primero que escuché al entrar fue que mi más querido amigo de la infancia v condiscípulo, John B. llackett, había muerto el y día anterior, y que su última expresión había consistido en el deseo de que yo trasladara los restos al hogar para entregarlos a sus pobres y ancianos padres, en Wisconsin. Me sentí muy conmovido y apenado, pero no había tiempo que perder en emociones; debía salir de inmediato. Tomé la tarjeta que decía "Diácono Levi Hackett, Bethlehem, Wisconsin", y me apresuré hacia la estación a través del ulular de la tormenta. Al llegar encontré la larga caja de pino blanco que me había sido descrita; aseguré en ella la tarjeta con algunas tachuelas, constaté que fuera embarcada sin tropiezos en el coche expreso, y corrí al comedor para proveerme de un emparedado y algunos cigarros. Al rato, cuando regresé, mi ataúd estaba afuera otra vez, aparentemente, ¡y un joven con una tarjeta, unas tachuelas y un martillo en sus manos andaba a su alrededor examinándolo! Yo estaba asombrado y confundido. El comenzó a clavar su etiqueta y yo me precipité hacia el vagón muy exaltado, a exigir una explicación. Pero no... allí estaba mi caja, perfectamente, en el coche, no había sido perturbada. (El hecho es que, sin que yo lo sospechara, se había cometido un error prodigioso. ¡Yo estaba llevando una caja de rifles, por la que el joven había venido a la estación, para enviarla a una compañía en Peoría, Illinois, y él había obtenido mi cadáver!)

En ese instante el conductor cantó "Todos a bordo", y yo salté dentro del vagón y me aseguré un asiento confortable sobre un fardo. El encargado estaba allí, concentrado en su trabajo; un hombre sencillo, cincuentón, de cara simple, honesta, de buen carácter y una viva cordialidad, aunque prosaica en su estilo general. Al iniciar su movimiento el tren, un extraño brincó dentro del coche y ubicó un paquete de queso de Limburgo, peculiarmente maduro y competente, sobre un extremo de mi ataúd, quiero decir de mi caja de rifles. En fin, ahora sé que era queso de Limburgo,

pero en ese entonces no había oído acerca de ese artículo en mi vida y, por supuesto, era absolutamente ignorante acerca de su carácter. Bien, corríamos a través de la noche borrascosa, la cruel tormenta se encolerizaba, una melancólica aflicción se cernía sobre mí, ¡mi corazón se venía abajo, abajo, abajo! El anciano encargado hizo uno o dos animados comentarios sobre la tempestad y el tiempo ártico, cerró de un golpe las puertas corredizas, echó el cerrojo, clausuró herméticamente las ventanas, y luego anduvo alrededor mío, aquí, y allí y más allá, enderezando las cosas y canturreando tranquilamente todo el tiempo Sweet by and by, en tono bajo y desafinando muclio. Pronto empecé a detectar un olor de lo más dañino y penetrante, que se introducía furtivamente en el aire helado. Esto deprimió mi ánimo aún más, porque desde luego lo atribuí a mi pobre amigo muerto. Había algo infinitamente melancólico en este modo callado y patético de convocar mi recuerdo; me resultó difícil retener las lágrimas. Por otra parte, también me afligió a causa del viejo encargado, quien -temí- podría notarlo. Sin embargo, continuó canturreando tranquilamente, y no dio señales de hacerlo, por lo que me sentí agradecido. Agradecido, sí, pero todavía inquieto. Y pronto empecé a sentirme más y más desasosegado a medida que transcurrían los minutos, porque a cada instante el olor se espesaba más, y se volvía más y más indómito y difícil de soportar. En poco tiempo, habiendo arreglado las cosas a su satisfacción, el encargado se armó de leña y encendió un tremendo fuego en el fogón. Esto me intranquilizó más de lo que puedo describir, porque no pude dejar de comprender que se trataba de un error. Estaba seguro de que el efecto sería deletéreo sobre mi pobre amigo muerto. Thompson -el nombre del encargado era Thompson, como descubrí en el curso de la noche- empezó ahora a hurgonear por el coche, deteniéndose ante toda hendidura que pudiera encontrar, señalando que no haría ninguna diferencia el tipo de noche que hiciera afuera, él calculaba hacerla confortable para nosotros, de cualquier manera. Nada dije, pero pensé que no estaba eligiendo la mejor manera. Mientras tanto, él seguía canturreando para sí, y mientras tanto, también, la estufa calentaba más y más, y el ambiente se volvía más y más opresivo. Me

sentí empalidecer, y con náuseas, pero pené en silencio, sin decir nada. Pronto noté que el Sweet by and b y se debilitaba gradualmente; luego cesó en forma total y se produjo un silencio ominoso. Después de un momento, Thompson dijo:

-¡Puf! Reconozco que no es canela lo que usted ha cargado...

Jadeó una o dos veces, luego avanzó hacia el at... cajón de rifles, se detuvo sobre el queso de Limburgo durante un brevísimo instante, y regresó a sentarse cerca mío, viéndosele muy impresionado. Después de una pausa contemplativa, dijo, señalando el cajón con un gesto:

-¿Amigo suyo?

-Sí -dije suspirando.

-¿Está bastante maduro, no es cierto?

Nada más se dijo durante un par de minutos, estando cada uno ocupado con sus propios pensamientos. Luego Thompson habló, en voz baja y tono reverente:

-Algunas veces no se sabe si ellos se han ido realmente o no... Parecen muertos, usted sabe... cuerpo caliente, articulaciones flexibles... y así, aunque usted piense que han muerto, usted no lo sabe realmente. Tuve casos en mi coche. ¡Es tremendo, porque no se sabe en qué momento se levantarán y lo mirarán a uno!

Luego, después de una pausa y levantando ligeramente un codo hacia el cajón, agregó:

-¡Pero él no está en trance!

-No, señor, ¡yo salgo fiador por él! Permanecimos sentados algún tiempo, en silencio meditativo, escuchando el viento y el bramar del tren. Entonces Thompson dijo con gran sentimiento:

-Vaya, vaya, todos tendremos que ir, no hay vuelta que darle. Hombre nacido de mujer es de pocos días, como dicen las Escrituras. Sí, usted puede pensar lo que quiera, pero es terriblemente solemne y curioso: ninguno puede evitarlo; todos tendrán que ir... simplemente todos... Un buen día usted está sano y fuerte. . . -aquí él saltó, rompió un panel de la ventana, tendió su nariz hacia afuera durante un momento, y luego volvió a sentarse mientras yo luchaba y embestía con mi nariz hacia afuera por el mismo lugar, cosa que continuamos haciendo cada tanto- un buen día usted está sano y fuerte y al día siguiente es segado como el pasto y los lugares que lo conocían ya no lo conocen más, como dicen las Escrituras. Sí, nadie; es tremendamente solemne y curioso, pero todos tendremos que ir, en una ocasión o en otra; no tenemos manera de evitarlo.

Hubo otra larga pausa; luego: -¿De qué murió?

Dije que no lo sabía.

-¿Cuánto tiempo ha estado muerto?

Me pareció juicioso abultar los hechos para adecuarlos a las probabilidades; de manera que dije: -Dos o tres días.

Pero no fue de provecho; porque Thompson lo recibió con una mirada ofendida que decía francamente: "Dos o tres años, querrás decir". Luego prosiguió, ignorando plácidamente mi aseveración, y ofreció sus extensos puntos de vista acerca de la imprudencia de aplazar demasiado los entierros. Anduvo lentamente hacia el cajón, se detuvo un instante, regresó a trote vivo y visitó el panel roto, observando:

-Hubiera tenido mejor facha, en todo aspecto, si lo hubiera despachado el último verano.

Se sentó, enterró su cara en su rojo pañuelo de seda y comenzó a cimbrar y hamacar lentamente su cuerpo como quien está haciendo todo lo posible por soportar lo casi insoportable. Ya entonces la fragancia -si se la puede llamar fragancia- era casi sofocante, tanto como lo que puedan imaginar. La cara de Thompson se estaba poniendo gris: yo sabía que a la mía no le quedaba ningún color. De tanto en tanto Thompson descansaba su frente en su mano izquierda, apoyando el codo en la rodilla, haciendo flamear su pañuelo rojo hacia la caja con su otra mano y decía:

-He llevado a más de uno de ellos, algunos considerablemente pasados, también, pero, por Dios, ¡él supera a todos! ¡y fácil! ¡Patrón, ellos eran heliotropo al lado de él!

Este reconocimiento de mi pobre amigo me satisfizo, a pesar de las tristes circunstancias, porque sonaba tanto a un cumplido.

Muy pronto se hizo evidente que algo había que hacer. Sugerí cigarros. Thompson pensó que era una buena idea. Dijo:

-Probablemente lo modifique un poco. Resoplamos escrupulosamente durante un rato y tratamos tenazmente de imaginar que las cosas mejoraban. Pero era inútil. Antes de mucho, sin ninguna consulta, y al mismo tiempo, ambos cigarros fueron dejados caer por nuestros débiles dedos. Thopmson dijo, con un suspiro:

-No, patrón, no lo modifica ni por el valor de un centavo. La verdad es que lo empeora porque parece incitar su ambición. ¿Qué considera mejor que hagamos?

Yo no era capaz de sugerir nada. En realidad, estaba obligado a tragar y tragar todo el tiempo y no me animaba mucho a hablar. Thompson se puso a gruñir, de modo

inconexo y desalentado, acerca de las desdichadas experiencias de esa noche. Llegó a adjudicar a mi pobre amigo varios títulos -algunas veces militares, otras civiles-; noté que cuanto más rápidamente crecía la eficacia de mi pobre amigo, Thompson lo promovía en concordancia, le daba un título más alto. Finalmente dijo:

-Tengo una idea. ¿Suponga que nos dedicamos con empeño al asunto y le damos al Coronel un pequeño empujoncito hacia la otra punta del coche? Unos diez pies, ¡digo! El no tendría tanta influencia entonces, ¿no le parece?

Dije que era buen proyecto. Por lo que hicimos una gran inspiración de aire fresco a través del panel roto, calculando retenerlo hasta que termináramos. Luego nos acercamos, e inclinándonos sobre ese queso mortífero, asimos fuertemente la caja. Thompson hizo con la cabeza la señal de "listo" y nos tiramos hacia adelante con todo nuestro poder; pero él resbaló y se aplastó con su nariz en el queso y se le escapó el aliento. Tuvo arcadas y jadeó, se levantó atropelladamente y se abalanzó hacia la puerta, piafando el aire y diciendo con voz ronca:

-¡No me paren! ¡Dios me salve! ¡Vía libre! ¡Me estoy muriendo! ¡Vía libre!

Afuera, sobre la plataforma, me senté, sostuve su cabeza un rato y revivió. Pronto habló:

-¿Le parece que movimos algo al General? Dije que no; no lo habíamos movido.

-Bien, entonces, esa idea se fue al pozo. Debemos ponernos a pensar alguna otra cosa. Está cómodo donde está, lo reconozco; y si él opina así sobre el asunto, y ha resuelto que no desea ser molestado, apueste a que llevará la cosa a su manera. Sí, mejor dejarlo donde está, mientras él lo quiera así; porque tiene todos los triunfos, sabe, de modo que conviene razonar; el hombre que intente alterar sus planes deberá considerarse sonado.

Pero no podíamos permanecer allí afuera, en medio de esa tormenta loca; moriríamos congelados. Por lo que entramos, cerramos la puerta y comenzamos a sufrir una vez más y a turnarnos en el agujero de la ventana. En determinado momento, al alejarnos de una estación en la que nos habíamos detenido un rato, Thompson bailoteó alegremente y exclamó:

-¡Estamos muy bien, ahora! Me parece que le ganamos al Comodoro esta vez. Creo que aquí he obtenido el mejunje que le arrancará el tufo.

Se trataba de ácido fénico. Tenía una damajuana. Roció todo alrededor; en realidad, empapó todo: la caja de rifles, el queso, todo. Luego nos sentamos, sintiéndonos muy esperanzados. Pero no duró mucho. Vean ustedes, los dos perfumes comenzaron a mezclarse y luego... bueno, muy pronto nos abalanzamos hacia la puerta; allí afuera, Thompson enjugó su cara con el pañuelo y dijo con cierto tono desanimado:

-Es inútil. No podemos con él. No hace más que apropiarse de todo lo que le oponemos para utilizarlo en su beneficio; le da su propio gustillo y lo vuelve contra nosotros. Y bien, patrón, usted no lo sabe, ahora se está unas cien veces peor aquí que cuando salimos. Nunca vi a uno de ellos calentarse tanto por su trabajo y tomarse tan maldito interés en él. No, señor, nunca, mientras estuve en el camino; y mire que he llevado a muchos, como le estaba contando.

Nos volvimos a sentar adentro, después de quedar bastante tiesos de frío. ¡Cáspita, no pudimos quedarnos adentro, ahora! De manera que valseamos ida y vuelta, tiritando, derritiéndonos y sofocándonos por turno. Al término de casi una hora nos detuvimos en otra estación. Al dejarla Thompson entró con una bolsa y dijo:

-Patrón, voy a probar con él una vez más. . , sólo esta vez; si no lo agarramos en ésta, lo que debemos hacer es, simplemente, tirar la toalla y abandonar la pelea. Así es como yo lo veo.

Había traído gran cantidad de plumas de pollo, y manzanas secas, y hojas de tabaco, y trapos, y zapatos viejos, y sulfuro, y asafétida y una y otra cosa; las apiló sobre una amplia plancha de hierro en medio del piso y les puso fuego.

Cuando comenzó a arder bien no pude entender ni cómo el cadáver podía soportarlo. Todo lo anterior resultaba simple poesía ante ese olor... Pero, cuidado, el olor original permaneció incólume, individualizado del otro, tan sublime como siempre... El hecho es que los otros olores parecían darle un mejor sustento, ¡y cáspita, qué poderoso era! No hice estas reflexiones allí -no hubo tiempo-, las hice en la plataforma. Atropellándose para seguirme, Thompson se sofocó y cayó; y antes de arrastrarlo, lo que hice tornándolo del cuello, estuve cerca de desmayarme también. Cuando revivimos, Thompson dijo descorazonadoramente:

-Debemos quedarnos aquí afuera, patrón. Tenemos que hacerlo. No hay otro camino. El Gobernador desea viajar solo y está tan decidido que nos puede sacar votos de ventaja.

Y pronto agregó:

-Y usted no lo sabe, estamos envenenados. Es nuestro último viaje, puede hacerse a la idea de ello. Fiebre tifoidea es lo que resultará de todo esto. Siento que ya me está viniendo. Sí, señor, estamos elegidos, tan seguro como que usted nació.

Nos recogieron de la plataforma una hora después, en la estación siguiente, helados e insensibles, y yo me fui derecho a una fiebre virulenta y no supe de nada durante tres semanas. Después descubrí que había pasado esa noche terrible con una inofensiva caja de rifles y una porción de queso inocente; pero las noticias llegaron demasiado tarde para salvarme; la imaginación había hecho su trabajo y mi salud estaba despedazada para siempre; ni las Bermudas ni ninguna otra tierra me la podrán devolver jamás. Este es mi último viaje; voy a casa para morir.

CRIMINALES Y ANARQUISTAS
CESARE LOMBROSO

El criminólogo italiano CESARE LOMBROSO (1836-1909) fue, además de profesor de psiquiatría, director de un asilo de lunáticos. Como su compatriota Macchiavelli (aunque éste no era nada tonto) intentó practicar lógica con las Fuerzas del Mal, para Hacer Bien. Ya en los comienzos le fue Mal: en 1872 anunció que la pelagra, una enfermedad carencial, era producida por un veneno; de esa equivocación surgió el libro La Pelagra en Italia, de 1885. Sin embargo, Lombroso no dejó de deducir; en realidad, no hizo otra cosa que seguir observando y deduciendo, con resultados muy conocidos. Comte señaló que Lombroso padeció "una exagerada tendencia a referir todos los hechos mentales a factores biológicos, pero sobrepasó a todos sus predecesores". Parece que Comte tenía razón.

De los estudios de Marro puede deducirse igualmente que los criminales observan las prácticas religiosas casi tanto como los hombres honrados, y aun más todavía los asesinos y estupradores (acaso porque de éstos ofrecen grandes contingentes los campesinos) ; muy cierto que los criminales de ocasión, exceptuando a los ladrones, son bien poco religiosos.

FUNCIONES DE LOS CRIMINALES
RESISTENCIA AL DOLOR

La anomalía más notable que se advierte en los criminales es la resistencia al dolor, es decir, la analgesia; no se encuentra ésta tan acentuada ni aún entre los mismos salvajes. Es fenómeno del que he presenciado numerosos ejemplos auxiliado por mi algómetro eléctrico.

Los facultativos de las prisiones saben muy bien cómo los criminales soportan, cual si fueran in-

sensibles, las operaciones más dolorosas (por ejemplo, la aplicación del hierro al rojo).

Un juez, el egregio abogado Spingardi, quien me ha proporcionado gran número de datos para este estudio, me decía: "No he visto todavía un anarquista que no sea imperfecto o jorobado, ni he visto ninguno cuya cara sea simétrica."

De la indagación de Hammon sobre varios anarquistas resulta que la mayor parte estaban movidos por un altruismo exagerado, por una sensibilidad morbosa hacia los dolores ajenos.

Podrían todos, sin embargo, adoptar algunos acuerdos de policía, comunes, pero no violentos, tales como retratar a los adeptos de la anarquía militante; la obligación internacional de denunciar el cambio de residencia o domicilio de las personas

peligrosas; el envío a los manicomios de todos los epilépticos, monomaníacos y locos tocados de anarquismo -medida más seria de lo que se cree a primera vista-; la deportación perpetua de los individuos más temibles a ser posible, a las islas despobladas y aisladas de la Oceanía; la prohibición a los periódicos de publicar los procesos anarquistas; la demostración en forma popular y anecdótica, por medio de millares de folletos, de la falsedad de estas ideas anarquistas, y por último, el dejar a las poblaciones en libertad de manifestarse contra los anarquistas, aun con hechos violentos[1], creando así una verdadera leyenda antianarquista popular.

[1] Como se ve, esta última medida sería una especie de consagración de la ley de Lynch. Ahora bien: convendría distinguir cuáles son los pueblos que reúnen aptitudes para ejercer el magisterio represivo de un modo directo, sin representación, en los casos extraordinarios en que se necesite incoar el rápido y, en nuestro concepto, eficaz proceso del lynchamiento. En pueblos nuevos, vigorosos y sanos, como San Francisco de California, por ejemplo, se explican perfectamente los beneficios alcanzados en la práctica de este peligroso procedimiento (recuérdense los maravillosos resultados de los Comités de vigilancia de 1851 y 1877).

Librodot

CANIBALISMO
TRISTAN BRRNARD

TRISTAN BERNARD (1866-1947) es autor de muchas comedias, pero donde mejor se lo reconoce es en sus narraciones humorísticas, que recogen -con ingenuidad unas veces, con insidia otras- varios temas arquetípicos del humor negro; pero el del canibalismo es el preferido de Bernard.

No se pierde tiempo a bordo; lo atestiguan los siguientes documentos, que he encontrado el otro día en una botella de soda, en el momento mismo en que la ola que la había traído retrocedía (no creo que por espanto, sino, más bien, porque era la hora de la marea baja).

Transcribo aquí los fragmentos más interesantes de este diario de a bordo.

17 de abril - Hoy hace un mes que nuestro barco va a la deriva. ¡No encontramos a nadie en nuestra ruta! Es asombroso que el Atlántico esté desierto en esta estación. Ninguna vela. Ninguna isla. Se puede poner a los sordomudos de vigías. Los víveres están agotados; triste novedad. Mañana hay cita en el puente, para el sorteo.

18 de abril - Estamos sobre el puente. Los papelitos son amontonados en el casco del capitán. A menudo la voz del comandante holandés Tréguier se eleva en medio del silencio. "¿Quién nos dice, queridos amigos, que de aquí a tres, cuatro o seis semanas no encontremos una nave? ¿Por qué sacrificar vidas humanas, antes de que toda esperanza esté perdida? Contentémonos con hacer cortar, a medida de nuestras necesidades y por sorteo, todas nuestras piernas derechas, de los pasa-

jeros y de la tripulación. Si nuestro infortunio se prolonga, se pasará en seguida a la amputación de los brazos. Desde luego, el cocinero y el doctor serán exceptuados de este sorteo."

Esta proposición fue aceptada al principio, pero su puesta en práctica dio lugar a una interesante discusión.

"Un hombre de complexión mediana -afirma el sabio Herbert Frempopel- que se alimente de sus brazos y piernas (probablemente cocinadas o saladas) subsistirá cómodamente más o menos ciento diez días. De acuerdo con esa estimación -agrega- cualquiera sea el número de pasajeros de una nave, siempre pueden vivir durante ciento diez días compartiendo sus alimentos, es decir, sus brazos y sus piernas. Ahora bien, yo les pregunto si no es preferible cortar inmediatamente todos nuestros brazos y piernas a la vez. Puesto que adelgazaremos día a día, hoy serán más "aprovechables". Además, los cuerpos sin brazos y sin piernas tienen menos sustancia y por lo tanto son más fáciles de alimentar que los cuerpos comunes".

No fue ésta la opinión de un consejero de Estado, señor Letonnelier:

"Suponiendo -dice- que encontremos dentro de poco una nave, ¡qué amargo resultará haber cortado inútilmente ciento cincuenta brazos y ciento cincuenta piernas! ¿Qué haremos con todo ese alimento perdido?"

Los pasajeros no queremos esto.

La opinión del juez ha prevalecido.

El cirujano comienza su trabajo. Esa noche, se amputan y se curan las piernas de tres operados: un tripulante, una señorita de vida equívoca, un oficial japonés.

18 de mayo - Lady Gueddy Gueddon era decididamente una falsa flaca. Hemos sido regalados con su pantorrilla izquierda y nos queda un buen

pedazo de pie frío para nuestro desayuno de mañana.

17 de junio - Es curioso el encuentro de los lisiados después de algún tiempo.

14 de julio - Hoy, comida de gala. Un plato de circunstancias. El brazo del cuartelmaestre en un plato de pescado, con dos hermosas banderas tatuadas sobre la grasa.

Esto es lo que he podido descifrar hasta el presente. ¿Ha llegado este barco? Si jamás recaló en ningún puerto ¡tened cuidado, señores compradores de fenómenos de feria! Ese día seguramente se registrará una seria baja en el precio de los hombres truncados.

Librodot

BIOGRAFIA DE JOHN SMITH
STEPHEN LEACOCK

Aunque nativo de Inglaterra, STEPHEN BUTLER LEACOCK (1869-1944) es reclamado por la literatura canadiense. Publicó más de medio centenar de obras, la mayoría de ellas dedicadas a aburrimientos económicos o históricos. Leacock es, en realidad, uno de los más talentosos humoristas, como lo demuestra esta Vida de John Smith, cuya ominosa similitud con la realidad es la misma que carga de horror las invenciones de Franz Kafka.

La vida de los grandes hombres abarca gran parte de nuestra literatura. Un gran hombre es realmente una cosa maravillosa. El pasa por su siglo dejando su marca en todos lados y quemando etapas a medida que avanza. Es imposible comenzar una revolución o una nueva religión sin que esté presente, a la cabeza y al final. Aún después de su muerte deja una larga estela de parientes secundarios que se instalan en primera fila, durante medio siglo de la historia.

Sin duda, la vida de los grandes hombres es infinitamente interesante. Pero sucede, debo confesarlo, que se sienten deseos de declarar, por reacción, que el hombre común también tiene derecho a que se escriba su biografía. Es para demostrar esto que voy a escribir la vida de John Smith, ni bueno ni grande, solamente común, el homo de todos los días, como usted, como yo y los otros.

Desde su más tierna infancia, John Smith no se distinguió de sus camaradas en nada. La maravillosa precocidad del muchacho no sorprendió en absoluto a sus preceptores. Los libros no fueron su pasión desde su juventud y tampoco ningún viejo puso la mano sobre la cabeza de John Smith para declarar: "Presten atención a estas palabras, este

muchacho, un día será un hombre". Y su padre no acostumbraba a observarlo con algo de temor en la mirada. ¡De ninguna manera! Todo lo que hacía, era preguntarse si Smith era un imbécil maldito porque no tenía más remedio o por elegancia. En otras palabras, John Smith era exactamente como usted, como yo y los otros.

En esos deportes atléticos que eran el adorno de la juventud de su época, Smith, contrariamente a lo que es de rigor para los grandes hombres, no sobrepasaba a sus semejantes. Montaba como una bolsa. Patinaba como una bolsa. Nadaba como una bolsa. Apuntaba como una bolsa. Todo lo que hizo lo hacía como una bolsa. Simplemente, él era así.

La audacia de su espíritu no disimulaba sus defectos físicos, como ocurre invariablemente en las biografías. Al contrario. El temía a las armas de fuego. Temía al relámpago y al trueno. Temía al infierno. Temía a las mujeres.

Para elegir una profesión, en él no se notó ese deseo de la obra para toda la vida que se descubre en el hombre célebre. No quiso ser abogado porque había que saber Derecho. Ni médico porque es necesario conocer los negocios. Ni maestro porque había conocido demasiados maestros. Si tuvo una elección que hacer, estaba entre

Robinson Crusoe y el Príncipe de Gales. Su padre le negó lo uno y lo otro y lo puso como aprendiz en casa de un comerciante de telas.

Tal fue la infancia y la adolescencia de Smith. Cuando ésta terminó, nada en su apariencia permitía descubrir el hombre de genio. Un observador no hubiera podido distinguir ningún talento disimulado detrás de la cara ancha, la boca carnosa, la frente aplastada hacia atrás, las orejas grandes, paradas, que subían basta el cabello cortado mal. No habría podido realmente. Además, detrás de todo esto no había nada.

Fue poco tiempo después de su debut en los negocios, que Smith se vio atacado por uno de esos penosos ataques a los cuales estaría a menudo

sujeto. Le dio una noche bastante tarde, cuando volvía a su casa de una deliciosa velada que había pasado cantando y bromeando en compañía de algunos de sus viejos compañeros de escuela. Los síntomas consistían en un extraño balanceo del piso, una especie de danza de los faroles de la calle, un movimiento hacia atrás y hacia adelante de los edificios, exigiendo un esfuerzo muy especial de discernimiento para llegar a la casa en que vivía. La marcada voluntad de no tomar agua durante el acceso probaba bien que se trataba, sin discusión posible, de un tipo de hidrofobia.

Desde entonces, estos penosos ataques se hicieron crónicos.

Estos se producían en cualquier momento, pero especialmente el sábado a la noche, a principios del mes y para Thanksgiving Day.[2]

La noche de Navidad y los días de elecciones, John Smith estaba siempre atacado de un terrible acceso de hidrofobia.

Tal vez haya un incidente en la carrera del héroe que éste tendría que lamentar haber participado. Era casi un hombre cuando tuvo lugar el encuentro con la más linda muchacha del mundo. Tenía más personalidad que todas las demás. Smith se dio cuenta en seguida. Ella comprendía y sentía como la gente común no siente ni comprende. Tenía un gran sentido del humor y sabía apreciar las bromas. Una noche le contó seis historias que conocía y a ella le parecieron excelentes. Su sola presencia da a Smith la impresión de haber alcanzado el sol: la primera vez que sus dedos rozaron los de Smith, un estremecimiento lo atravesó por entero. Descubrió un poco más tarde que si tomaba fuertemente la mano de ella con su mano, experimentaba un temblor agradable, pero que sentado a su lado en el sofá, la cabeza contra la oreja de la persona diferente de todas las otras, el brazo rodeándola una vez y media, esto le daba lo que podría decirse un estremecimiento de primera clase. Y Smith terminó por convencerse de que le gustaría tenerla siempre junto a él. Le susurró los términos de un acuerdo según el cual ella iría a vivir a la misma casa que él y se ocuparía personalmente de su ropa y comida. Por su parte, ella tendría casa y comida y recibiría unos setenta y cinco pesos por semana en efectivo, y Smith sería su esclavo.

Después que Smith fue el esclavo de esta mujer durante algún tiempo, unos dedos de bebé invadieron su existencia, después más dedos de bebé, y así siempre hasta que la casa fue colmada por ellos. La madre de esta mujer atravesó también su vida; cada vez que llegaba, Smith sufría una crisis aguda de hidrofobia. Por extraño que esto pueda parecer, no fue ninguna de esas cabecitas rubias que por desaparecer y transformarse en fantasma llegara a acosarlo. ¡Oh, no! Los nueve deberían crecer, volverse grandes muchachos, robustos y tenían la boca carnosa y las orejas paradas como las del padre y no estaban dotados para nada.

[2] Thanksgiving Day: Día de Acción de Gracias, fiesta norteamericana que tiene lugar generalmente el último jueves de noviembre.

La existencia de Smith, según parecía, no debía conducirlo jamás a uno de esos "cambios" que se producen en la vida de los grandes hombres. Es cierto que con los años intervinieron los cambios de fortuna. Pasó de la sección de cintas a la de cuellos, de la sección de cuellos a la de pantalones para hombres, de pantalones para hombres a la camisería de lujo.

Después, a medida que envejecía, fue retrotraído de la camisería de lujo a la de pantalones de hombres y a continuación, a la sección de cintas. Y cuando fue verdaderamente muy viejo, se lo despidió para reemplazarlo por un muchacho que tenía una boca de ocho centímetros y los cabellos de color arena, y que hizo todo el trabajo de Smith por la mitad de su salario. He aquí la carrera comercial de John Smith: más vale no compararla

con 1-, del señor Cladstone, pero no es muy diferente de la suya.

Smith debía vivir todavía cinco años. Sus hijos proveyeron a su manutención. No sentían el menor deseo, pero se los obligaba. En su vejez, el brillo de su espíritu y su stock de anécdotas no hicieron la delicia de quienes lo visitaban. Contaba seis historias y siete bromas. Las historias eran largas y giraban alrededor de lo que le había sucedido. En cuanto a los chistes, ellos tenían por héroes un pastor metodista y un viajante de comercio. Pero de todas maneras, nadie lo visitaba, lo que hacía que eso no tuviera ninguna importancia.

A los setenta y cinco, Smith cayó enfermo y sucumbió al tratamiento previsto para su enfermedad. Se lo tiende bajo una lápida en la que se había grabado una aguja en dirección nornoreste.

Yo dudo que haya llegado allá arriba. Se nos parece demasiado.

LA RODILLA
CHRISTIAN MORGENSTERN

El filósofo y poeta alemán CHRISTIAN MORGENSTERN (1871-1914) no es tan conocido como convendría, por lo menos fuera de su país: si se exceptúa a Wilhelm Busch, ningún otro alemán recogió con tanto talento la herencia del nonsense y del arte grotesco. Es especialmente en sus canciones patibularias donde Morgenstern sorprende al lector con la magia de sus juegos verbales, que crean nuevos reflejos en las viejas palabras y hasta las transforman en objetos. La poesía de Morgenstern es lo bastante revolucionaria como para que -en su época- los dadaístas la hayan reclamado como propia, y lo bastante hermosa como para sobrevivir al dadaísmo.

Una rodilla solitaria erra por el mundo.
Es sólo unta rodilla, nada más.
No es un árbol ni una tienda de campaña;
es sólo una rodilla, nada más.
En la guerra, hace tiempo, un hombre
fue acribillado por todos lados;
sólo la rodilla quedó indemne
como sí fuera un santuario.
Desde entonces, una rodilla solitaria erra por el
[mundo.
Es sólo una rodilla, nada más.
No es un árbol ni una tienda de campaña;
es sólo una rodilla, izada más.

EL PLAYBOY DEL MUNDO OCCIDENTAL JOHN MILLINGTON SYNGE

El irlandés JOHN MILLINGTON SYNGE (1871-1909) fue encaminado hacia el teatro por Yeats, a quien conoció en su época de estudiante. Los resultados fueron buenos: Synge es considerado el creador de una comedia "casi aristofánica", de implicación universal. Su obra maestra es El play-boy del mundo occidental, cuyo humorismo macabro ya fue detectado por Breton.

SARA: Discúlpeme; ¿usted es el hombre que mató a su padre?

CHRISTY (acercándose tímidamente hacia el clavo del cual colgaba el espejo): : ¡Soy yo, Dios me ayude!

SARA (tomando los huesos que había arado): Entonces le doy mil veces la bienvenida, y acudo con un par de huevos de pata para su comida de hoy. Los patos de Pegeen no son gran cosa, pero éstos son de la mejor clase. Tóquelos, y verá que no es mentira lo que le estoy diciendo.

CHRISTY (adelantándose tímidamente, y extendiendo su mano izquierda) : Son de buen tamaño y bien pesados.

SUSAN: Y yo acudo con una porción de manteca, porque estaría mal dejarlo comer esas patatas secas, sobre todo después del largo trecho que tuvo que correr desde que liquidó a su papito.

CHRISTY: Gracias, son muy amables.

HONOR: Y yo le traje un pedacito de torta, porque debe tener el estómago bien caído, después de todo ese andar por el mundo.

NELLY: Y yo le traje una gallinita ponedora - hervida y todo- que fue atropellada al anochecer por cl carruaje del cura. Palpe la grasa de esa pechuga, míster.

CHRISTY: Está por reventar, seguramente. (La palpa con el dorso de la mano en que lleva los presentes.)

SARA: ¿No la va a agarrar? ¿Es su mano derecha tan sagrada que no puede usarla en absoluto? (Se desliza detrás de él). Es un espejo lo que tiene. Bueno, hasta hoy nunca había visto a un hombre con un espejo colocado en la espalda. Los que matan a sus padres son una manga de vanidosos, seguramente. (Las Muchachas disimulan visitas.)

CHRISTY (sonriendo inocentemente mientras apila los presentes sobre el espejo) : Les estoy muy agradecido...

VIUDA QUIN (que llega súbitamente, desde la puerta): ¡Sara Tansey, Susan Brady, Honor Blake! ¿Qué diablos tienen que hacer aquí a esta hora del día?

LAS MUCHACHAS (ocultando sus risas): Este es el hombre que mató a su padre.

VIUDA QUIN (acercándose) : Sé bien que éste es el hombre; y voy a inscribirlo en los juegos de abajo para correr, saltar, lanzar, y Dios sabe qué otras cosas.

SARA (exuberante): Eso está bueno, Viuda Quin. Apuesto mi dote a que vencerá a todos.

VIUDA QUIN: Si eso quieres, deberías tenerlo fresco y bien alimentado en vez de prepararle un festín. (Tomando los regalos.) ¿Está en ayunas o comido, joven?

CHRISTY: En ayunas, con el perdón de usted.

VIUDA QUIN (en voz alta): ¡Y bien, vamos! ¡Muévanse y sírvanle el desayuno! (A Christy.) Venga a mi lado (lo ubica junto a. ella en el banco, mientras Las Muchachas preparan el té y la comida) y cuéntenos su historia antes de que llegue Pegeen, en vez de abrir sus orejas como la luna de Mayo.

CHRISTY (empezando a sentirse contento) : Es una historia larga, se aburrirá escuchándola.

VIUDA QUIN: No se haga el tímido, un chico tan guapo, astuto y pérfido como usted. ¿Fue allá abajo, en su casa, donde le quebró el cráneo?

CHRSTY (tímido, aunque halagado) : No fue así. Estábamos cosechando batatas en su maldito campo, frío, cenagoso y lleno de piedras.

VIUDA QUIN: ¿Y usted fue a pedirle dinero, o a hablarle de tomar una esposa que lo expulsaría de su granja?

CHRISTY: No lo hice en ese momento. Pero yo estaba allí, escarbando y escarbando, cuando de pronto me dijo: "Tú, idiota avieso, baja ahora mismo y dile al cura que te casarás con la Viuda Casey dentro de veinte días".

VIUDA QUIN: ¿Qué clase de mujer es ella?

CHRISTY: (con horror): Un bagayo andante de más allá de las colinas, cuarenta y cinco años, doscientas cinco libras en la balanza, una pierna coja, tuerta, y de notoria indecencia, para con los viejos y los jóvenes.

LAS MUCHACHAS (a su alrededor, sirviéndolo): ¡Dios mío!

VIUDA QUIN: ¿Y para qué quería obligarlo a casarse con ella? (Toma un pedazo de gallina.) CHRISTY (comiendo cada vez con mayor satisfacción): Sostenía que yo necesitaba quién me proteja de la aspereza del mundo, y no pensaba sino en que tendría su barraca para dormir y su oro para beber.

VIUDA QUIN: Puede haber cosas peores que un hogar seco, una mujer viuda y una copa para la noche ¿Entonces lo golpeó?

CHRISTY (casi excitado): No lo hice. "No quiero casarme con ella", dije yo, "cuando todo el mundo sabe que me amamantó durante seis semanas cuando vine al mundo, ella que es hoy una vieja bruja con una lengua que ahuyentó a las cornejas y las aves marinas, hasta tal punto que, espantadas por su maldición, se niegan a volver a proyectar su sombra bajo su jardín".

VIUDA QUIN (fastidiada) : Esa sí que sería buena compañía.

SARA (ansiosamente) : No le preste atención. ¿Entonces lo mató?

CHRISTY: El me dijo: "Ella es bastante buena para alguien como tú, y marcha ya mismo o te aplastaré y te dejaré como una bestia reptante sobre la que pasó un carretón". "No lo harás si yo puedo evitarlo", le dije. "Marcha", dijo él, "o esta noche haré con tus miembros las jarretas del diablo." "No lo harás si yo puedo evitarlo", le dije (Se incorpora, con una mueca asesina.)

SARA: La razón era suya, sin duda.

CHRISTY (imponente): En ese momento el sol surgió entre las nubes y la colina, y me iluminó la cara con su luz verde. "Dios tenga piedad de tu alma", dijo él, levantando en lo alto la guadaña. "O de la tuya", dije yo, levantando la azada.

SUSAN: Es una historia grandiosa. HONOR: La cuenta que es un amor.

CHRISTY (orgulloso y en confianza, agitando un hueso): Me tiró un guadañazo, pero lo gambetée hacia el este. Después di la vuelta con el lomo hacia el norte, y le sacudí un golpe en el techo del cráneo que lo dejó estirado y partido en dos hasta el gaznate. (Señala con el hueso de gallina su nuez de Adán.)

MUCHACHAS (al unísono) : ¡Vaya, usted es una maravilla! ¡Dios lo bendiga! ¡Usted es un gran tipo, sin duda!

Librodot

MI SUDANES
EDOUARD OSMONT

EDOUARD OSMONT utilizó con frecuencia el seudónimo Blaise Petitveau. Formó parte del célebre grupo de humoristas que hicieron famoso al Gato Negro, y cuyo cabecilla visible era Alphonse Allais. Osmont fue cómplice, por consiguiente, de quienes forjaron en Francia el Renacimiento del humor negro.

Un día recibí una carta de Tombuctú. Era Latapy, quien me escribía para darme algunas noticias y anunciarme la llegada de un magnífico sudanés. "Si tú aceptas alojarlo y alimentarlo -me decía- te servirá voluntariamente de doméstico, sin reclamarte sueldo, porque desea una estadía en París".

¡Un doméstico gratis, buen negocio! Esperé al sudanés.

Una mañana oigo que llaman a la puerta. Voy a abrir y me encuentro frente a un individuo totalmente negro, pero tan negro que retrocedí espantado. Me tiende una carta. Reconozco la letra de Latapy.

-Ah, ¿usted es el sudanés?

-Sí, señó.

-¡Mi pobre amigo, en bonito estado está usted! Lo hago entrar y como se queda mirándome, exclamo:

-¡Pero, vaya a lavarse, está totalmente negro!

-Sí, yo todo negro.

Esto no parecía turbarlo. Lo llevé ante un espejo.

-¡Pero, mírese, desgraciado! ¿Dónde diablos se ha metido?

-Sí, yo todo negro.

Y sonreía, muy tranquilo. Sus dientes eran de una blancura brillante. Me asombraba que un individuo tan poco preocupado de la limpieza de su cara fuera hasta ese punto cuidadoso de su dentadura. Pregunté al recién llegado de dónde provenía esa capa inverosímil de suciedad esparcida en su figura. ;Era tinta u hollín, betún o carbón:? No tenía aire de comprender.

Le ordené desvestirse y calenté agua para bañarlo. Cuando lo vi desnudo, constaté con estupor que la piel de su cuerpo era tan negra como sus manos y su cara. Realmente, no se debía haber lavado en veinte años. Lo interrogué otra vez. Me fue imposible sacarle cualquier explicación. Era completamente idiota.

Lo hice entrar en la bañadera y comencé a enjabonarlo vigorosamente. No salía nada. Sin desanimarme por esta primera tentativa continué, más y más. Al cabo de cinco minutos comprendí que el jabón era impotente y que sería necesario encontrar otra cosa. Quise rascarlo con un cuchillo, para levantar la capa más gruesa. Gimió. Un poco desalentado, me pregunté si no sería mejor dejarlo sumirse en su mugre. Después pensé que era imposible dejar a un ser humano en tal estado de abyección, y que mi deber más elemental era limpiarlo.

Lo froté con piedra pómez, utilicé el esmeril, recurrí al agua de Javel. ¡Todo inútil! Sin embargo, no desesperé, aunque su piel comenzó a abrirse por todas partes.

Busqué los detergentes más variados. Una y otra vez los cristales de soda, la bencina, la trementina, la potasa, atacaron en vano la epidermis de mi sudanés. Cada noche yo volvía con una droga nueva. Cuando me escuchaba llegar, el sudanés huía a la otra punta del departamento. Yo iba en su busca, y comenzaba mis experiencias. Cuando lo frotaba, levantaba hacia mí sus ojos de perro abatido y emitía gemidos lastimeros. Sus mi

radas y sus lamentos me hacían mal. "Muchas veces estuve a punto de llorar. Pero me sobreponía a mi sensiblería diciéndome que la salud de este desgraciado bien valla estas torturas pasajeras, y que él iba a ser el primero en agradecérmelas más tarde. Su cuerpo era una sola llaga. Yo elevaba el agua de la bañadera a temperaturas fantásticas. Sus llagas se volvieron horribles. Lo froté con arena mojada. La sangre surgía de todas partes. Lo rasqué con trozos de botella. Parecía un conejo desollado.

Entonces comprendí que jamás llegaría a limpiarlo y que era necesario encontrar otra cosa. Reflexioné así:

"Los albañiles que limpian un edificio no se entretienen en raspar una a una todas las suciedades hasta la última. Se contentan con blanquearlo. Blanquearemos a mi sudanés".

Compré albayalde y me puse a bañar a mi sudanés. Cuando se vio todo blanco de pies a cabeza, su alegría no conoció límites. Brincaba delante de los espejos diciendo:

-Tú, buen maestro. Yo, lindo, lindo.

Yo buen maestro, ¿ah, el animal! Claro que sí, porque me dio tanta pena y me interesó su salud. El, lindo lindo, es otra cosa. Se lo podría describir como un pierrot enfermo. Pero tenía un aire limpio. Era un progreso.

No sabía si era el albayalde que se partía o el polvo del exterior que lo cubría, pero al cabo de unos días el blanco desaparecía por partes. Mi sudanés parecía un juego de damas de casillas mal alineadas. Me servía para jugar al ajedrez.

Después los colores se confundieron. Su cuerpo no fue sino una masa parduzca, horrorosa, más horrible de ver que la tinta negra del principio. Me dije:

"Está claro que el blanco no volverá más. Veamos ... la gente que pinta las balaustradas de las

ventanas siempre pone en primer lugar una tinta roja. Después ellos pasan otra. Por lo tanto son necesarias muchas capas; debo comenzar por la roja, que sin duda es un mordiente."

Compré minio. Fue para mí un gusto especial bañar a mi sudanés. Comprendí el gusto tan grande que tienen los niños al colorear sus álbumes. ¡Era muy divertido!

Cuando se vio rojo de pies a cabeza, mi sudanés desbordaba de entusiasmo, saltaba hasta el techo repitiendo:

-Tú buen maestro, yo, lindo, lindo.

Al día siguiente, se quejaba de numerosas picaduras en todo el cuerpo. Al segundo, agudos y horrorosos dolores lo abrasaron. Al tercero, sus quejidos resonaron en la casa. Lo exhorté a la paciencia, le hacía notar los progresos obtenidos y le prometí un fin próximo a sus males. Dejó de quejarse.

Cuando juzgué que estaba suficientemente seco, le pasé una capa gris perla. Este tono me gustaba, era una etapa cercana al blanco.

El aspecto de su persona gris perla de pies a cabeza le hunde en el arrebato. De hecho, era inaudito, y yo estaba casi tan contento como él mismo. No hay duda del espectáculo que puede ofrecer un cuerpo humano pintado de gris perla. Un domingo

que usted no tenga nada que hacer, le aconsejo¡ ensayarlo. Simplemente es maravilloso.

En esto, tuve que salir de viaje, tomo una hoja de papel y escribo en ella: "Pintura fresca", y la coloco en la espalda de mi sudanés. A mi regreso, lo encuentro acostado.

Estaba rojo, gris, de los dos colores, no sé. Su piel era fuego. En otra parte el color comenzaba a desaparecer. Su espalda y su trasero, por el roce, sin duda, estaban casi negros. Su vientre, casi rojo. Su cara, casi gris. Sus brazos y sus piernas, casi blancos. Y no cito los miles de colores intermedios. jamás había visto tantos.

Comprendí que todos los esfuerzos de pintarlo eran vanos y que era necesario encontrar otra cosa. Me dije:

"Los colores no toman. Ensayemos el dorado." Compré litros y litros de oro líquido. Costaba horriblemente caro. Pero no retrocedí delante de ningún gasto, porque se trataba del alivio del prójimo.

Cuando se vio chorreando oro de pies a cabeza, fue el delirio. Pataleaba:

-Yo rico, yo rico.

Parece que se podía vernos desde la calle, porque vienen a advertirme que dos policías preguntaban por mí.

Corro hacia esa buena gente que me acusaba de haber robado el genio de la Bastilla. Les respondo que antes de hacer pesar sobre mí una acusación tan infamante, harían mejor en asegurarse primero de la realidad del robo. Sobre esto, uno de ellos declara que iría a constatar, mientras su camarada haría guardia para impedirme salir.

mientras tanto, mi sudanés no cesaba de saltar frente a los espejos cantando:

-¡Yo rico, yo rico!

El rico, pero percibo al cabo de quince días que su fortuna comienza a declinar seriamente. Deja partículas en todos los muebles. Siembra su oro por toda la casa. Pienso darle un consejo judicial, pero reflexiono que las formalidades del procedimiento apenas habrían comenzado cuando estaría largo tiempo después prodigando su oro y que no quedaría más en él.

El momento de ensayar otra cosa parece venir. Hago este razonamiento:

"Los colores no resisten. El dorado no quiere saber nada. No hay sino una cosa por hacer. Voy a niquelarlo".

Lo zambullí en un baño de níquel. Como, al cabo de un cuarto de hora, no daba señales de vida, me interesé por su salud. No me respondió, debí inclinarme en el baño para retirarlo. Se había vuelto espantosamente pesado.

Lo coloqué frente a mí. Guardaba una inmovilidad absoluta. Ligeramente perturbado, le sacudí un brazo. Pero todo su cuerpo se estremeció porque no era sino un solo bloque rígido. En el suelo, el choque de sus pies tenía resonancias metálicas. Puse la mano sobre su corazón. Estaba muerto.

Entonces le hice poner una hoja de parra y lo uso como pisapapeles.

LA NURSE PIERRE MAC ORLAN

PIERRE MAC ORLAN es el seudónimo del novelista, poeta y pintor francés Pierre Dumarchey. Nacido en 1883, fue amigo de Apollinaire y Picasso; un humor helado y cruel arrasa implacablemente sus aguafuertes que solicitan, para una mejor realización, la complicidad complaciente del lector.

-Vamos a tomar una nurse para Tommy -dice mi esposa.

Yo escribo a una oficina de colocaciones y al lunes siguiente, una nurse alegre y robusta, como un caballo militar, penetra en mi escritorio.

-Usted conoce a los niños -dice mi mujer-. En ese caso, no vacilo en confiarle el cuidado de Tommy. No tiene ni un año; cuídelo bien porque es tuberculoso, artrítico y ya comienza una parálisis general. Es un chico que aventaja a los otros niños y estamos orgullosos, mi marido y yo, de poseer semejante diablito.

-Conozco a los niños, señora -responde la nurse-; los tengo vistos en el Jardín Botánico. Haré todo lo posible para mantener a Tommy en el mismo estado de prosperidad del que goza.

-Bien -digo a mi vez-, aquí está Tommy, llévelo y evítele los espectáculos licenciosos.

Desde ese día Tommy inicia una notable carrera de niño mimado. La nurse se ocupa de su persona con los cuidados higiénicos necesarios para conservar la salud de un bebé.

Como nuestro Tommy era tuberculoso, cada mañana antes de las diez, Dolly Cow, su nurse, lo

palmeaba frente a la ventana, sacudiéndolo violentamente con el fin de liberarlo de todos los gérmenes nocivos. Con este régimen Tommy se estaba volviendo realmente lindo de ver. El niño, antes triste y tranquilo, ubicado con los pies desnudos sobre una plancha de fundición calentada al rojo, gritaba como un tenor. Si el niño no quería dejarse lavar, Dolly lo sometía a una máquina que limpia los compartimientos al vacío y que yo había comprado para curarme las orejas.

Nuestro angelito se volvía cada vez más admirable. Tomaba el aspecto físico de una ciruela pasa y todos los días su nurse le estiraba la piel de la frente con una plancha.

-Es una perla -dice mi mujer-; no sé en qué se convertirá nuestro hijo, pero de todas maneras no nos podrá reprochar el no haber hecho nada por él.

Tommy jamás reprocha nada, por una buena razón: Dolly Cow lo hace hervir durante dos horas en un recipiente de zinc que servía para la limpieza de los pies.

El niño muere en el agua a la edad de un año. -Es una desgracia -dice la nurse-; estos niños ricos no duran nada. Si él hubiera esperado una hora más, yo lo hubiera limpiado de todos los microbios, aunque el tratamiento fuera doloroso. Así muere Tommy, hijo mío y de mi mujer. El médico que constata los decesos declara que ha

muerto de insolación, lo que permite a mi mujer hacerme una escena por haberlo dejado salir sin sombrero.

Librodot

LA EDAD HEROICA Y EXTIRPACION DE CABEZAS

HENRI MICHAUX

HENRI MICHAUX nació en Bélgica en 1899; tras una niñez solitaria viajó por Sudamérica y Asia como marinero. Ecuador (1929) y Un bárbaro en Asia (1932) fueron resultado de esos recorridos. Estimulado por Supervielle comenzó a publicar en París; su obra literaria y gráfica es uno de los ejemplos mayores del poder desintegrador del humorismo y de los fantasmas diurnos y nocturnos. Fue Rousselot uno de los primeros en señalar las similitudes que aproximan el mundo de Michaux al de Kafka. "El universo de Michaux -dijoes el de Kafka, pero corregido por Swift."

El gigante Barabo, jugando, arrancó la oreja a su hermano Poumapi.

Poumapi no dijo nada, pero como por distracción apretó la nariz de Barabo y se la llevó.

En respuesta, Barabo se agachó, rompió los dedos del pie de Poumapi y, después de haber tratado de hacer malabarismo con ellos, los hizo desaparecer rápidamente detrás de su espalda.

Poumapi se sorprendió. Pero era tan buen actor que no permitió que Barabo notara nada. Por el contrario, mostró que la ausencia de algunos dedos le era indiferente.

Mientras tanto, a modo de revancha, le cortó una nalga a Barabo.

A Barabo, hay que creerlo, le importaban sus nalgas, tanto una como la otra. Sin embargo, disimuló su sentimiento y, continuando de inmediato la lucha, arrancó con una gran crueldad unida a una gran fuerza el maxilar inferior de Poumapi.

Poumapi fue desagradablemente sorprendido. Pero no tenía nada que decir. Había sido un golpe franco, dado de frente, sin ninguna trampa.

Hasta trató de sonreír; fue duro, ¡oh!, fue duro. Su exterior no se prestaba, su interior tampoco. Por lo tanto, se demoró en el esfuerzo, pero persistiendo en su idea, apuntó al ombligo de su hermano, hundió el abdomen y trató de introducir en el agujero el propio pie de Barabo, que consiguió torcer primero, para después inmovilizarlo en la herida como un mojón.

Barabo se vio sorprendido.

Sobre una sola pierna sin dedos, su equilibrio dejaba mucho que desear. Pero no hizo manifestación alguna, actuó como si estuviera cómodo, como si tuviera apoyos por todos lados, y esperó.

En ese momento, Poumapi, que casi había ganado, cometió una grave falta: se acercó.

Entonces Barabo se zambulló sobre él como una flecha, le dislocó un brazo, se colgó del otro, que dislocó igualmente, y se dejó hundir en una caída tan justa sobre el desgraciado Poumapi, que le rompió las dos piernas.

Tendidos lado a lado, parejamente exhaustos y abrumados de sufrimiento, Poumapi y Barabo trataron en vano de estrangularse.

El pulgar de Poumapi estaba bien aplicado en el cuello, pero le faltaban las fuerzas para apretar eficazmente.

Las manos de Barabo también se mostraban bastante activas, pero la toma era mala, oprimía inútilmente el cuello de Poumapi.

Ante ese cúmulo de circunstancias adversas los corazones de los hermanos desfallecieron. Poumapi y Barabo se miraron algunos instantes con gran indiferencia, luego se dieron vuelta cada uno para su lado y se desmayaron.

La lucha había terminado, al menos por ese día.

EXTIRPACION DE CABEZAS

Sólo tenían que tirarle de los cabellos. No querían hacerle daño. Le arrancaron la cabeza de un golpe. Seguramente estaba mal. Eso no sucede así como así. Seguramente alguna cosa fallaba.

Cuando no está sobre las espaldas, acarrea problemas. Es preciso entregarla. Pero hay que lavarla, porque mancha las manos de quienes la reciben. Es preciso lavarla. Porque aquel que la recibe, con las manos ya bañadas en sangre, comienza a abrigar sospechas y comienza a mirar como alguien que espera informes.

¡Bah! Se la ha encontrado trabajando en el jardín... Se la ha encontrado en medio de otras... Se la eligió porque parecía más fresca. Si prefiere otra... se podría ver. Sin embargo, que guarde ésta mientras espera.. .

Y se van, seguidos por una mirada que no dice que sí ni que no, una mirada fija.

Se fue a ver a la orilla de un estanque. En un estanque se encuentra cantidad de cosas. Puede ser un ahogado el que haga el negocio.

Se piensa que en un estanque se encontrará lo que se quiera. Se vuelve pronto y se vuelve fracasado.

¿Dónde encontrar cabezas listas para ofrecer? ¿Dónde encontrarlas, sin demasiadas historias?

"Yo, tengo mi primo hermano. Pero tenemos la misma cara. Jamás creerán que la encontré por casualidad".

"Yo ... tengo a mi amigo Pierre, pero tiene una fuerza... no se la dejará levantar así nomás". "Bah, veremos. La otra salió fácilmente".

Así se van, prisioneros de su idea, y llegan a la casa de Pierre. Dejan caer un pañuelo. Pierre se agacha. Como para incorporarlo, con una sonrisa, se le tira de los cabellos. La cabeza vino, arrancada. Entra la mujer de Pierre, furiosa:

-Borracho, he aquí que ahora ha volcado el vino. Ni a beberlo llega. Hace falta ahora que trastorne la tierra. Y ni levantarse sabe.

Y se va para buscar con qué limpiar. La retienen entonces por los cabellos. El cuerpo cae hacia adelante. La cabeza les queda en las manos. Una cabeza furiosa, que se balancea pendiente de los largos cabellos.

Aparece un gran perro, que ladra fuertemente; se le da una patada y la cabeza cae.

Ahora tienen tres. Tres es una buena cifra. Después hay que elegir. Realmente, no son cabezas parejas. No, un hombre, una mujer, un perro.

Van en busca del que ya tiene una cabeza, lo encuentran esperando.

Le ponen sobre las rodillas el bouquet de cabezas. Ubican la cabeza del hombre a la izquierda, cerca de la primera cabeza, y las cabezas del perro y de la mujer con sus largos cabellos del otro lado. Luego esperan.

Los mira con una mirada fija, con una mirada que no dice que sí ni que no.

-¡Oh! Aquéllas, las encontré en casa de un amigo. Estaban en la casa... No había otras. Se tomó las que había. Otra vez saldrá mejor. Después de todo fue cosa de suerte. Estas no son las cabezas que faltan, felizmente. Después de todo, ya es tarde. Encontrarlas en la oscuridad. El tiempo de limpiarlas, especialmente aquellas que estaban en el barro. En fin, se tratará... Pero no por

eso se puede creer que nosotros las volcamos. Ya se sabe... se van... Puede ser que alguna caiga en cualquier momento. Se verá.

Se van, seguidos por una mirada que no dice que si ni que no, seguidos por una mirada fija. -Oh, yo, sabes. ¡No! ¡Vamoos! Toma mi cabeza. Vuelve con ella, no la reconocerá. Ni siquiera las mira. Le dirás... tropecé, me fui encima. Es una cabeza, me parece. Se la traigo. Es suficiente por hoy, ¿no es así?

-Pero mi viejo, no te tengo sino a ti.

-Vamos, vamos, nada de sensiblerías. Tómala. Vamos, tira, tira fuerte, más fuerte aún, vamos. -No, ves, esto no va. Es nuestro castigo. Vamos ensaya con la mía, tira, tira.

Pero las cabezas no salen. Las buenas cabezas de asesinos.

Ya no saben qué hacer, vuelven, dan vueltas, vuelven, se van, vuelven a irse seguidos por una mirada que espera, una mirada fija.

Por fin se pierden en la noche, y esto les alivia mucho la conciencia. Mañana partirán al azar, en alguna dirección que seguirán mientras puedan. Tratarán de rehacer su vida. Es muy difícil. Se tratará. Se tratará de no pensar más en eso, de vivir como antes, como todo el mundo.

PALABRAS
JACQUES PREVERT

A JACQUES PREVERT (1900) le corresponde el extraño mérito de ser un famoso poeta secreto. Su libro Paroles -al que pertenecen los poemas que se dan a continuación- es uno de los mayores éxitos de librería, a pesar del esoterismo que hace volar muchas veces los poemas de este autor. Que es al mismo timpo, un clásico del humor negro.

LA VUELTA AL TERRUÑO

Un bretón vuelve a la aldea natal
Después de haber cometido unas cuantas fechorías
Pasea ante las fábricas de Douarnenez
No reconoce a nadie
Nadie lo reconoce
Está muy triste
Entra en una pastelería a comer pasteles
Pero no puede comerlos
Algo le impide tragarlos
Paga
Sale
Enciende un cigarrillo
Pero no puede fumar
Algo hay
Algo le bulle en la cabeza
Algo malo
Está cada vez más triste
Y de pronto comienza a recordar:
Cuando era pequeño alguien le dijo
"Terminarás en el cadalso"
Y durante muchos años
No se atrevió a hacer nada
Ni siquiera a cruzar la calle
Ni siquiera a hacerse a la mar
Nada absolutamente nada.
Recuerda
Quien se lo predijo fue el tía Grésillard
El tío Grésillard que traía mala suerte a todo el mundo
¡El muy canalla!
Y el bretón piensa en su hermana
Que trabaja en Vaugirard

En su hermano muerto en la guerra
Piensa en todo lo que ha visto
En todo lo que ha hecho
La tristeza lo aprieta
Intenta nuevamente
Encender un cigarrillo
Pero no tiene ganas de fumar
Entonces decide ir a ver al tío Grésillard.
Va
Abre la puerta
El tío no lo reconoce
Pero él lo reconoce
Y le dice:
"Buenos días tío Grésillard"
Y después le retuerce el cuello.
Y acaba en el cadalso de Quimper
Después de haber comido dos docenas de pasteles
Y de haber fumado un cigarrillo.

EL ORGANILLO

Yo toco el piano
decía uno
yo toco el violín
decía otro
yo el arpa yo el banjo
yo el violoncelo
yo la gaita... yo la flauta
yo la matraca.
Y unos y otros hablaban y hablaban
hablaban de los instrumentos que tocaban.
No se oía la música
todo el mundo hablaba
hablaba hablaba
nadie tocaba
pero en un rincón un hombre guardaba silencio:
"¿Y qué instrumento toca usted señor
que calla y no dice nada?"
le preguntaron los músicos.
"Yo toco el organillo
y también el cuchillo"
dijo el hombre que hasta ese momento
no había dicho absolutamente nada
y después avanzó cuchillo en mano

y mató a todos los músicos
y tocó el organillo
y su música era tan sincera
y tan llena de vida y tan alegre
que la hijita del dueño de casa
salió de abajo del piano
donde aburrida se había dormido
y dijo.
"Yo jugaba al aro
a la pelota al cazador
jugaba a la rayuela
jugaba con un balde
jugaba con una pala
jugaba al papá y la mamá
jugaba al escondite
jugaba con mis muñecas
jugaba con mi sombrilla
jugaba con mi hermanito
con mi hermanita
jugaba a vigilantes
y ladrones
pero se acabó, se acabó
quiero jugar al asesino
quiero tocar el organillo"
y el hombre tomó a la pequeña de la mano
y se marcharon por las ciudades
por casas, por jardines
y mataron a cuanta gente pudieron
después se casaron
y tuvieron muchos hijos
pero
el mayor aprendió a tocar el piano
el segundo el violín
el tercero el arpa
el cuarto la matraca
el quinto el violoncelo
y se pusieron a hablar
a hablar a hablar a hablar
y no se oía la música
l y todo volvió a empezad

EL TIGRE MUNDANO
JEAN FERRY

Nacido en 1906, JEAN FERRY se distanció de los surrealistas con motivo de la fundación del Colegio de Patafísiea. Explorador e intérprete de la obra de Roussel, es un delieadísimo humorista que prefiere, para desangrar a sus personajes, usar un cincel antes que un puñal.

Entre todas las atracciones de music-hall estúpidamente peligrosas tanto para el público como para quienes las presentan, ninguna me llena de un horror más sobrenatural que ese viejo número llamado "el tigre mundano". Para quienes no lo han visto -pues la nueva generación ignora lo que fueron los grandes espectáculos de music-hall de la anterior posguerra- les recuerdo en qué consiste la exhibición. Lo que no sabría explicar, ni siquiera intentaré exponer, es el estado de terror pánico y de abyecto disgusto en el que me sume ese espectáculo, como en un agua sospechosa y atrozmente fría. No debería entrar en las salas en las que ese número -por otra parte, cada vez más raramente- figura en el programa. Fácil es decirlo. Por razones que jamás llegué a dilucidar, nunca anuncian "el tigre mundano", ni yo lo espero, o mejor dicho sí, una oscura amenaza, apenas formulada, pesa sobre el placer que siento en el music-hall. De pronto, cuando un suspiro de alivio libera mi corazón oprimido después de la última atracción, comienza la música y el ceremonial que conozco demasiado bien, siempre ejecutados, lo repito, del modo más imprevisto. Desde el momento en que la orquesta comienza a tocar ese vals encobrado, tan característico, sé lo que va a pasar, y un peso abrumador me oprime el pecho, mientras me recorre los dientes un finísimo estremecimiento como una corriente acre de bajo voltaje. Debería retirarme, pero no me atrevo. Por otra parte, nadie se mueve, nadie comparte mi angustia y sé que la bestia está en camino. También tengo la impresión de que los brazos de mi butaca constituyen una muy precaria protección.

Primero se hace en la sala una oscuridad completa. Después se enciende un proyector en el proscenio, y el rayo de ése faro irrisorio ilumina un palco vacío, generalmente muy cerca de mi sitio. Muy cerca. Desde allí el haz de claridad va a buscar en la extremidad del pasadizo una puerta de comunicación con las bambalinas, y mientras la orquesta interpreta dramáticamente La invitación al vals, entran.

La domadora es una impresionante pelirroja, un poco lenta. La única arma que lleva es un abanico negro de plumas de avestruz con el que oculta al comienzo la parte inferior de su rostro; sólo sus inmensos ojos verdes asoman por encima de la oscura franja que se mueve ondulante. Con un gran escote, los brazos desnudos que la luz rodea de una bruma irisada de crepúsculo invernal, la domadora está ceñida por un romántico vestido de noche; un extraño vestido con pesados reflejos, del color negro de las grandes profundidades. Ese vestido está hecho con una piel de suavidad y finura increíbles. Y, por encima de todo, la erupción de una cascada de cabellos llameantes sembrados de estrellas de oro. El conjunto resulta a un tiempo abrumador y algo cómico. Pero ¿quién piensa en reír? La domadora, accionando el abanico que descubre unos labios puros fijados en una sonrisa inmóvil, avanza, seguida por el foco del proyector, hacia el palco vacío, del brazo, si así puede decirse, del tigre.

El tigre marcha bastante humanamente erguido sobre sus patas traseras; está vestido a lo dandy; con una elegancia refinada, y ese traje tiene un corte tan perfecto que es difícil distinguir el cuerpo del animal bajo el pantalón gris con tiras, el chaleco floreado, la pechera de blancura deslumbrante con pliegues irreprochables y el

Librodot

redingote ceñido magistralmente. Pero allí está la cabeza con su espantoso rictus, y los ojos enloquecidos que ruedan en sus órbitas púrpuras, el erizarse furioso los bigotes y los colmillos que a ratos relampaguean bajo los labios levantados. El tigre avanza, muy tieso, con un sombrero de un gris claro bajo el brazo izquierdo. La domadora marcha a paso regular y si su dorso a veces se arquea, si su brazo desnudo se contrae, dejando ver bajo el terciopelo leonado claro de la piel un músculo inesperado, la causa reside en un violento esfuerzo oculto, con el que endereza a su caballero que estaba por caer hacia adelante.

Ahora están ante la puerta del palco que abre el tigre mundano empujándola con la garra, luego se hace a un lado para dar paso a la dama. Y cuando ésta ya está sentada, y apoya negligentemente los codos sobre la felpa gastada del antepecho, el tigre se deja caer sobre una silla a su lado. En ese momento, por lo general,, la sala estalla. en cándidos aplausos.

Y yo, miro al tigre, y mi deseo de encontrarme lejos es tan inmenso que casi me hace saltar lágrimas. La domadora saluda dignamente con una inclinación de sus bucles de fuego. El tigre comienza su trabajo: manipula los accesorios dispuestos a este efecto en el palco. Finge observar a los espectadores con un binóculo, quita la tapa de una caja de bombones y finge ofrecer uno a su vecina. Saca una tabaquera de seda y finge aspirar de ella; finge -con gran hilaridad de unos y de otros consultar el programa. Después finge hacer galanterías y se inclina como para murmurar alguna declaración al oído de la domadora. La domadora finge ofenderse e interponer con coquetería entre la blancura satinada de su hermosa mejilla y el hocico hediondo de la bestia erizado de hojas de sable, la pantalla frágil de su abanico de plumas.

Ante eso, el tigre finge experimentar una profunda desesperación y se enjuga los ojos con el dorso de la pata peluda. Y durante todo el transcurso de esta lúgubre pantomima, mi corazón late a golpes desgarradores bajo las costillas, pues soy el único que ve y el único que sabe que todo este desfile de mal gusto no se sostiene sino por un milagro de voluntad, como se dice, y que todos estamos en estado de equilibrio espantosamente inestable, que una nada podría romper. ¿Qué sucedería si en el palco vecino al del tigre, ese hombrecito con aspecto de modesto empleado, ese hombrecito pálido, de ojos fatigados, cesara por un instante de poner su voluntad en acción? Pues él es el verdadero domador, la mujer pelirroja sólo es una comparsa, todo depende de él; él es el que convierte al tigre en una marioneta, un mecanismo manejado con más seguridad que si lo fuera por cables de acero.

¿Y si ese hombrecito se pusiera de pronto a pensar en otra cosa? ¿Si de pronto se muriera? Nadie sospecha el peligro que amenaza a cada minuto. Y yo, que lo sé, imagino... imagino... pero no, es mejor no imaginar a qué se parecería la dama

" de las pieles si..'. Más vale ver el final del número, que arrebata y tranquiliza siempre al público. La domadora pregunta si alguno de los espectadores quisiera tener a bien confiarle un niño. ¿Quién podrá rehusarle algo a una persona tan delicada? Siempre existe un inconsciente que tiende hacia el palco demoníaco un bebé embelesado, que el tigre mece suavemente en el regazo que forma con sus patas flexionadas, dirigiendo hacia el montoncito de carne ojos de alcoholizado. En medio de atronadores aplausos, se encienden las luces de la sala, el bebé es devuelto a su legítimo propietario y los dos protagonistas saludan antes de retirarse por el mismo camino por el que llegaron.

Desde el instante en que atraviesan la puerta -y jamás retornan para saludar- la orquesta estalla en sus más ruidosos acordes. Al rato, el hombrecito se encoge

mientras se enjuga la frente. Y la orquesta toca cada vez más fuerte, para cubrir los rugidos del tigre, vuelto en sí desde que pasó los barrotes de su jaula. Aúlla como en el infierno. Da vueltas desgarrando su hermosa vestimenta, que es necesario reponer en cada representación. Son las vociferaciones, las imprecaciones trágicas de una rabia desesperada, saltos furiosos que golpean contra las paredes de la jaula. Del otro lado de las rejas, la falsa domadora se desviste apresuradamente para no perder el último tren subterráneo. El hombrecito la espera en la cantina cerca de la estación, la que se llama "Jamás de los jamases".

La tempestad, de gritos que desencadena el tigre enredado en sus colgajos de paño podría impresionar desagradablemente al público por lejos que estuviera. Por eso la orquesta toca lo más fuertemente posible la obertura de Fidelio; por eso el director del espectáculo, entre bambalinas, apresura la entrada en escena de los ciclistas cómicos.

Detesto el número del tigre mundano y no comprenderé nunca el placer que le produce al público.

Librodot

EL GALLO
SANDOR FERENCZI

El húngaro SANDOR FERENCZI (1873-1933) es uno de los pilares del psicoanálisis; sus obras Versuch einer Genital-theorie y Bausteine zur Psychoanalyse, de 1924 y 1927, todavía son consideradas fundamentales.

En general Arpad era un muchachito agradable, pero muy desafiante cuando era amonestado o castigado. Difícilmente lloraba y nunca pedía perdón. Sin embargo, aparte de estos rasgos de carácter, no había rastros de rasgos verdaderamente neuróticos que pudieran reconocerse. Se asustaba fácilmente, soñaba mucho (con aves, por supuesto) y frecuentemente dormía mal (pavor nocturnus).

Las acciones y dichos curiosos de Arpad, que fueron anotados por la dama observadora, desplegaban mayormente un inusitado placer en fantasías sobre la cruel tortura de las aves de corral. Su juego típico imitando la matanza de las aves ya ha sido mencionado; a esto debe agregarse que hasta en sus sueños sobre pájaros lo que más veía eran gallos y gallinas muertas. Daré aquí una traducción literal de sus dichos característicos:

"Me gustaría tener un gallo vivo desplumado - dijo una vez espontáneamente-. No debe tener plumas, ni alas, ni cola, sólo la cresta, y tiene que poder caminar así».

Una vez estaba jugando en la cocina con un ave recién sacrificada por la cocinera. De pronto fue a la habitación vecina, recogió unas pinzas de rizar de un cajón y gritó: "Ahora voy a clavar esto en los ojos ciegos del ave muerta». La matanza de aves era un festival para él. Podía bailar por horas alrededor de los cuerpos de los animales, en un estado de intensa excitación.

Otra vez alguien, señalando un ave sacrificada, le preguntó: "¿Te gustaría que volviese a despertar?» "Me gustaría un cuerno. La volvería a matar yo mismo".

Frecuentemente jugaba con papas y zanahorias (que decía eran aves), cortándolas en pequeños trozos con un cuchillo. Difícilmente se le podía impedir que tirase al suelo un vaso que tenía aves pintadas.

Los afectos desplegados en relación con las aves, sin embargo, de ninguna manera eran simplemente el odio y la crueldad, sino claramente ambivalentes. Muy a menudo besaba y acariciaba al animal muerto o bien alimentaba a su ganso de madera con maíz, como había visto hacer a la cocinera; al hacerlo cloqueaba y piaba continuamente. En una oportunidad arrojó su muñeco de madera, irrompible, en el horno porque no lo podía romper, pero luego lo sacó de inmediato, lo limpió y lo acarició. Sin embargo las figuras de animales de sus libros de figuras tenían peor suerte: las rasgó en pedazos y luego, naturalmente, no pudo volver a reconstruirlas y se disgustó.

Si tales síntomas fuesen observados en un paciente insano adulto, el psicoanalista no dudaría en interpretar el excesivo temor y odio concerniente a las aves de corral como una transferencia de afectos inconscientes que en realidad se refieren a seres humanos, probablemente parientes cercanos, pero que fueron

reprimidos y sólo pueden ser manifestados de este modo desplegado y distorsionado. Más aún, interpretará el deseo de desplumar y cegar a los animales como simbolizando intenciones de castración, y considerará el síndrome total como una reacción del paciente a la idea de su propia castración. La actitud ambivalente despertará entonces en el analista la sospecha de que en la mente del paciente se balancean sentimientos mutuamente contradictorios, y sobre la base de numerosos hechos de experiencia tendrá que suponer que esta ambivalencia probablemente se refiere al padre, quien aunque honrado y respetado, al mismo tiempo es también odiado a causa de las restricciones sexuales que impone severamente. En una palabra, la interpretación analítica sería: el gallo representaba en el síndrome al padre.

Librodot